

PAZ EN LA TIERRA



Richard Simonetti

PAZ EN LA TIERRA

Richard Simonetti



Paz en la Tierra

Richard Simonetti

Es Jesús para el hombre el arquetipo de la perfección moral a que puede aspirar la humanidad en la Tierra.

Dios nos lo ofrece como el modelo más perfecto, y la doctrina que ha enseñado es la más pura expresión de su ley, porque estaba animado del Espíritu divino y fue el Ser más puro que haya aparecido en la Tierra.

Allan Kardec, *El Libro de los Espíritus*, Pregunta 625.

ÍNDICE

BILLETE AL LECTOR	5
1.- GENEALOGÍA ESPIRITUAL	7
2.- ZACARÍAS Y EL ÁNGEL	13
3.- LA VIRGINIDAD DE MARÍA	19
4.- VISITA DE MARÍA A ISABEL	25
5.- EL NACIMIENTO DE JESÚS	30
6.- SIMEÓN Y ANA	36
7.- LOS MAGOS	41
8.- EN EL TEMPLO	48
9.- JUAN BAUTISTA	53
10.- EL BAUTISMO DE JESÚS	59
11.- LA TENTACIÓN EN EL DESIERTO	65
12.- LOS PRIMEROS DISCÍPULOS	70
13.- NUEVAS UNIONES	76
14.- EL ESPÍRITU Y LA CARNE	80
15.- LAS BODAS DE CANÁ	86

BILLETE AL LECTOR

Hace muchos años llevo a cabo comentarios evangélicos en las reuniones públicas del Centro Espírita Amor y Caridad, en Bauru.

Desde que inicié esta gratificante actividad, consideré la importancia de consultar varias fuentes, espíritas o no, incluyendo citas, elaborando rutas y evocando la propia tradición cristiana, donde hay preciosas informaciones que no están recogidas en los Evangelios.

Procuró siempre enriquecer los comentarios y motivar a los oyentes. Me atrevo ahora a ordenar las anotaciones iniciales, en estas páginas.

Aunque sea problemática una narrativa lineal de la vida de Jesús, ya que los Evangelios contienen episodios esparcidos, es posible situar su trayectoria como una historia que tiene comienzo, desarrollo y final. Y lo que pretendo en este libro, es hablar del comienzo.

Aborda los episodios destacados del nacimiento de Jesús hasta el inicio de su apostolado, en las Bodas de Caná.

El medio y el fin también están en mis planes. Espero que Jesús me conceda esa felicidad, en el futuro.

El título de este comienzo hace referencia a la proclamación de los ángeles delante de los asombrados pastores de Belén, según Lucas (2:14):

Gloria a Dios en las alturas, paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad.

No obstante, las luchas y dificultades que enfrentamos en este

PAZ EN LA TIERRA

mundo orientado por el egoísmo, podemos guardar la paz en nuestros corazones en la medida en que estemos trabajando por extenderla alrededor de nuestros pasos, con el cultivo de la buena voluntad – la voluntad de ser bueno.

Estoy seguro de que la ejercitarás en la lectura de estas páginas. Y desde luego confirmará el acierto de la proclamación angélica. Aunque el autor tenga sus limitaciones, la historia guarda la magia de lo sublime y por si solo te proporcionará lo que estoy deseándote, desde ahora:

¡Inefables momentos de paz!

Bauru SP, diciembre de 1997

1.- GENEALOGÍA ESPIRITUAL

Abrahám creó a Isaac. Isaac creó a Jacob. Jacob creó a Judá. Judá creó Farés. Farés creó a Esrom. Esrom creó a Aram. Aram creó a Aminadab. Aminadab creó a Naasóm. Naasóm creó a Salmón. Salmón creó Booz. Booz creó Obed. Obed creó a Jesé. Jesé creó a David. David creó Salomón. Salomón creó Roboam. Roboam creó a Abías. Abías creó a Asa. Asa creó a Josefát. Josefát creó a Joram. Joram creó a Ocozías...

Tranquilo, querido lector.

No estoy ensayando ningún rap. Solamente transcribo el inicio de la Genealogía de Jesús, en el capítulo I, del Evangelio de Mateo, que desfilan cuarenta y dos generaciones, desde el patriarca Abraham, culminando con el nacimiento del hijo de José.

La manera como es presentada la secuencia de nombres recuerda ese ritmo que tiene éxito actualmente.

Me parece poco probable que el evangelista, al escribir sus anotaciones, tuviese la preocupación y mucho menos la posibilidad de una pesquisa sobre el asunto. No puedo imaginar a Mateo buscando unos supuestos libros antiguos en el Templo, en Jerusalén o en otro lugar, para componer un árbol genealógico de Jesús. Estamos delante de una intercalación, algo que fue enhebrado en el Evangelio con el objetivo de consagrarlo como un legítimo representante de la raza, o esperado Mesías.

Natural esa preocupación.

La primitiva comunidad cristiana era compuesta por una expresiva mayoría de judíos. Estos estaban lejos de

comprender que la doctrina de Jesús transcendía a las estrechas concepciones del judaísmo dominante.

Cabría a Pablo, el extraordinario explorador del Evangelio, defender la idea victoriosa de que el Evangelio tenía un carácter universalista. Se destinaba a todos los pueblos.

El religioso ortodoxo siempre consideró una herejía cualquier duda en cuanto a la legitimidad de los textos evangélicos. No obstante, los exegetas, estudiosos que se inclinan sobre ellos, en exhaustivos y minuciosos análisis, demuestran, con apoyo de la lógica y del buen sentido, que eso ocurre frecuentemente.

No siempre los copistas, encargados de reproducirlos, obraban con eficiencia, en virtud de sus propias limitaciones; ni siempre ejercitaban fidelidad al texto, atendiendo a los intereses de la época.

Se destaca que los ejemplares más antiguos de los Evangelios datan del siglo V. Ocurrieron tantas adulteraciones, antes de la redacción definitiva, que exegetas más drásticos como Renán ponen la mano en el fuego, en cuanto a la autenticidad, solamente en el Sermón de la Montaña. En este aspecto es importante recordar a Kardec, en la introducción de El Evangelio según el Espiritismo:

Las materias contenidas en los Evangelios pueden dividirse en cinco partes: Los actos comunes de la vida de Cristo, los milagros, las profecías, las palabras que sirvieron para establecer los dogmas de la Iglesia y la enseñanza moral.

Si las cuatro primeras partes han sido objeto de controversias, la última se ha mantenido inatacable. Ante este código divino, la misma incredulidad se inclina; es el terreno donde pueden encontrarse todos los cultos y el estandarte bajo el cual todos pueden abrigarse, cualesquiera que sean sus creencias, porque nunca ha sido objeto de disputas religiosas, suscitadas siempre

y por todas partes por las cuestiones de dogma.

Más adelante, observa el codificador:

Para evitar estos inconvenientes, reunimos en esta obra los artículos que pueden constituir, propiamente hablando, un código de moral universal, sin distinción de culto. En las citas conservamos todo lo que era útil al desarrollo del pensamiento, eliminando o separando sólo las cosas extrañas al asunto.

Así Kardec sabiamente destaca la moral evangélica, comentándola a la luz de los principios espíritas e inspirándose en las disertaciones de los Espíritus que lo asistían, varias de ellas incluidas en la obra.

Importante destacar el valor de una historicidad espírita, esto es, la Historia escrita a partir de noticias escogidas del plano espiritual, donde hay registros capaces de mostrarnos la realidad de los hechos, sobreponiéndose a las especulaciones de los historiadores.

Emmanuel, en la psicografía de Francisco Cándido Xavier, realiza un trabajo de esa naturaleza, particularmente en *A Camino de la luz*, donde demuestra que la Historia es hecha a partir de las directrices trazadas por la Espiritualidad.

El hombre se sitúa mucho más como protagonista que autor de los eventos más significativos relacionados con su evolución.

En Pablo y Esteban, que narra la epopeya del Cristianismo, Emmanuel destaca que después de la crucifixión de Jesús, Mateo, el más culto de los discípulos – fue recaudador de impuestos –, registró las anotaciones que dieron origen a su Evangelio. Eso habría ocurrido, por tanto, en los años treinta de la era cristiana. Se trata de un esclarecimiento importante,

dado que muchos estudiosos proclaman ser el Evangelio de Marcos el más antiguo y que ninguno de ellos es anterior a los años cincuenta.

Hay quien lo ve compuestos a partir de la década de los 70. En este caso los evangelistas solo prestarían su nombre a textos esparcidos reunidos a lo largo de muchas décadas.

Están de moda actualmente, gracias a los recursos de la informática, los árboles genealógicos. Los interesados pueden adquirir programas que les permitan descubrir sus ascendientes familiares. Mucha gente sería feliz, al descubrir que ostenta sangre azul, aunque diluido por el mestizaje que caracteriza la población brasileña, o que hay insospechados y preciosos blasones y condecoraciones a ser buscados en sus antepasados.

Cuando la muerte nos reconduzca a la patria espiritual, algo más bien importante nos será proporcionado: examinar una genealogía espiritual relacionada con nuestro pasado milenario. Entonces superaremos prurito de orgullo con inexorable constatación: desde que descendimos de los árboles y ensayamos la capacidad de pensar, circuló en nuestras venas, en incontables experiencias reencarnarías, la sangre del salvaje, del bandido, del pirata, del guerrero, del déspota, manchadas nuestras manos, incesantemente, con la sangre de nuestras víctimas.

Considerando este aspecto, podemos decir que Jesús trasciende a la Humanidad, esto es, no evolucionó para la perfección a partir de las experiencias humanas.

Según Emmanuel, ya era un prepuesto de Dios cuando la Tierra se desprendió del Sol, masa de fuego incandescente, hace 4.500 millones de años, conforme estimativas de la Ciencia. Fue entonces convocado por el Creador para ser

gobernador de nuestro planeta, con la tarea de conducir a los Espíritus que aquí harían prácticas evolutivas, como alumnos conducidos a una escuela para un aprendizaje específico.

En cuanto a las dudas sobre la autenticidad de los Evangelios, Emmanuel concluye la cuestión con la sabiduría de siempre, en *A Camino de la Luz*:

Muchas escuelas literarias se formaron en los últimos siglos, dentro de la crítica histórica, para el estudio y elucidación de esos documentos.

La palabra “apócrifo” se generalizó como el espantapájaros de todo el mundo. Historias numerosas fueron escritas. Hipótesis incontables fueron ventiladas, pero los sabios materialistas, en el estudio de las ideas religiosas, no pudieron sentir que la intuición está encima de la razón y, aun una vez, fallaron, en su mayoría, en la exposición de los principios y en la presentación de las grandes figuras del Cristianismo.

La grandeza de la doctrina no reside en la circunstancia del Evangelio ser de Marcos o de Mateo, de Lucas o de Juan; está en la belleza inmortal que se irradia de sus lecciones divinas, atravesando las edades y atrayendo los corazones.

No hay ventaja en las largas discusiones en cuanto a la autenticidad de una carta de Ignacio de Antioquia o de Pablo de Tarso, cuando el raciocinio absoluto no posee elementos para la prueba concluyente y necesaria.

La opinión general girará en torno al crítico más eminente, según las convenciones. Sin embargo, la autoridad literaria no podrá presentar la ecuación matemática del asunto. Es que, puertas a dentro del corazón, solo la esencia debe prevalecer para las almas y, tratándose de las conquistas sublimadas de la fe, la intuición tiene que marchar al frente de la razón, iniciando generosos y definitivos conocimientos.

Resumiendo:

El sentir es más importante que el saber.

En el empeño por la construcción de un mundo mejor, ríos de tinta en torno de la excelencia de los textos evangélicos, serán insignificantes delante de un corazón capaz de sentir y experimentar las excelencias del amor preconizado y ejemplificado por Jesús.

2.- ZACARÍAS Y EL ÁNGEL

Cuenta el evangelista Lucas (Capítulo I) que, bajo el reinado de Herodes, rey de Judea, hace cerca de dos mil años, vivía en la región serrana, en las proximidades de Jerusalén, el viejo Zacarías.

Dice la tradición que el lugar se llamaba Ain Karim, hoy conocido como San Juan de la Montaña.

Era un dedicado sacerdote, hombre piadoso y noble, perteneciente al grupo de Abías, una de las veinticuatro que, según las disciplinas del culto judío, servían en el Templo, en Jerusalén, obedeciendo a un sistema de rotación.

Zacarías cargaba una tristeza: no tenía hijos.

Durante años imploró a Dios que le concediese la gracia de acoger a un querido retoño en sus brazos. Con la vejez desistió de la idea. Difícil antes, imposible ahora. Isabel, su esposa, jamás le daría un heredero.

Para los judíos, no tener hijos, era una desgracia. La deshonra pesaba sobre la mujer que nunca concibiera. Pero ambos, soportaban con paciencia la penosa situación y cumplían sus deberes con rectitud, siempre sumisos al Señor.

Espíritus evolucionados jamás condicionan la confianza en Dios a la satisfacción de los deseos humanos. Confían porque guardan plena consciencia de que Dios sabe lo que hace.

Cierta vez, cuando le tocó a su grupo, Zacarías partió para la ciudad santa. En el Templo, tirada a suerte, le tocó entrar en el santuario donde quemaría incienso en homenaje al Señor.

La multitud esperaba al lado de afuera. Para espanto de Zacarías, solo en el sagrado recinto, surgió delante de él una

entidad angelical. Se trataba de Gabriel, el más famoso ángel de las escrituras bíblicas, llamado por la tradición religiosa de alta categoría. Más allá de Zacarías, estuvo con el profeta Daniel y también con María, madre de Jesús.

En el lenguaje espírita diríamos que Gabriel es un Espíritu superior, uno de las más importantes prepuestos de Jesús.

Zacarías tuvo miedo, lo que revela su poca familiaridad con las manifestaciones de esa naturaleza.

Los judíos no estaban acostumbrados a lidiar con los Espíritus. Dígase de paso, querido lector, pocas personas no se asustarían. Son siempre temidas las “apariciones”.

El ángel buscó tranquilizarlo:

No tengas miedo, Zacarías, ya que tu suplica fue escuchada e Isabel, tu mujer, te dará un hijo a quien llamarás Juan. Serás feliz y muchos se alegrarán con su nacimiento, pues será grande a los ojos del Señor. No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre. Y a muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor Dios de ellos. Porque él irá delante de él con el Espíritu y virtud de Elías, para convertir los corazones de los padres a los hijos, y los rebeldes a la prudencia de los justos, para aparejar al Señor un pueblo preparado.

Gabriel se reporta a la grandeza moral de aquel que nacería de Zacarías e Isabel. Un Espíritu que, obviamente, ya vivió muchas encarnaciones en la Tierra, con largo bagaje de experiencias y adquisiciones morales.

Imposible negar esa evidencia. Equivaldría a admitir que Dios beneficia a hijos suyos con virtudes que a otros niega, una flagrante e inaceptable injusticia.

Veremos, más adelante, que se trataba de Elías, austero y

poderoso profeta judío que vivió hace ocho siglos. En aquellos tiempos lejanos, los hombres consagrados a Dios se obligaban a una existencia especial. De entre los compromisos que asumían, estaba la abstención de alcohol. De ahí la observación del ángel.

Siempre que se vuelve para la religión, el Hombre es inspirado a preservar la pureza, evitando la copa de los placeres embriagadores que anestesian la consciencia y afectan los sentidos, simbolizados por el alcohol.

Las fuerzas del Bien piden instrumentos dóciles, equilibrados y puros para que puedan manifestarse en plenitud en la Tierra, derramando bendiciones de esperanza y paz a los Hombres.

Zacarías se admiró:

- ¿Cómo puede eso ocurrir si mi mujer y yo somos viejos y ella, siempre fue estéril? El visitante parece no haber apreciado la pregunta.

-Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios; y soy enviado a hablarte, y a darte este evangelio. Y he aquí estarás mudo y no podrás hablar, hasta el día que esto sea hecho, por cuanto no creíste a mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo.

Y el pueblo estaba esperando a Zacarías, y se maravillaban de que él se detuviese en el Templo. Y saliendo, no les podía hablar; y entendieron que había visto visión en el Templo; y él les hablaba por señas, y quedó mudo.

Pasados los días de su ministerio sacerdotal, regresó al hogar. Inmensa fue su sorpresa cuando, tiempo después, confirmando las palabras del ángel, Isabel quedó embarazada.

Después de nueve meses dio a luz un niño fuerte que, conforme la recomendación angélica, recibió el nombre de Juan. Sería conocido, más tarde como el Bautista. Con el

nacimiento de su hijo, Zacarías recuperó la voz y pudo relatar mejor su experiencia, rindiendo gracias a Dios por la dadiva recibida.

Gabriel aparenta ser un ángel de mecha corta, que no le gusta ser contestado. Peor: atropelló la justicia al condenar a Zacarías a tan largo mutismo, apenas por manifestar justificable duda.

Inadmisible los Espíritus Superiores nos castiguen por pedir esclarecimientos al respecto de sus afirmaciones. Ellos orientan, explican, ayudan, amparan, pero jamás se exasperan y mucho menos imponen sanciones, aunque revelemos escepticismo.

Es fácil entender lo que ocurrió. Las circunstancias que envuelven el nacimiento de Juan tenían por objetivo impresionar a los judíos. En el lenguaje actual, diríamos que hubo una acción de marketing.

Un sacerdote que quedó mudo, después de conversar con un ángel, y una mujer estéril que concibió en una avanzada edad eran acontecimiento destacados. Fatalmente causarían asombro y darían de que hablar, particularmente en la humilde aldea donde residían.

Importante que Juan fuese recibido desde el inicio como alguien consagrado a Dios.

Importante que el pueblo se habituase a ver en él un gran profeta, pues le sería confiada la tarea de preparar los caminos para el enviado celeste, hace siglos aguardado por el pueblo judío.

La experiencia de Zacarías recuerda algo importante:

Todos tenemos un ángel de la guarda, un mentor espiritual que nos inspira y ampara en la jornada humana.

Un amigo reclamaba:

- Si es así, los ángeles de la guarda allá en casa andan de vacaciones. Mi hijo ha suspendido en los exámenes; mi hija adolescente se juntó con un joven y quedó embarazada; mi mujer golpeó el coche; nuestro perro fue atropellado por un automóvil y yo, en un momento de irritación, di un golpe en la mesa y me fracturé la mano.

Hay aquí un error en relación a la actuación de los protectores espirituales. No son niñeras a nuestra disposición, permanentemente.

No es su obligación evitar trastornos como: La reprobación del alumno desagradable.

El embarazo de la joven inconsecuente. El accidente con el conductor distraído. El atropello del perro descuidado.

La fractura resultante de un acto irracional.

Su función es inspirarnos al bien, al cumplimiento de nuestros deberes.

El protector espiritual actúa en el interior de nuestra consciencia. Es la voz inarticulada que nos alerta:

¡Cuidado! ¡Contrólate! Cultiva la prudencia. ¡Mira por dónde vas!

Él tiene poderes para evitar que nos alcance ciertos males y lo hace frecuentemente, sobre todo en relación a nuestra estabilidad física y psíquica. Si no fuese por él, bien mayores serian nuestras dificultades y problemas. Pero deja que recojamos las consecuencias de nuestras acciones, a fin de que aprendamos a respetar las leyes de la Vida, las reglas del bien vivir.

Así como la mudez de Zacarías marcaba un acontecimiento prometedor, innúmeros males que nos afligen se sitúan como

PAZ EN LA TIERRA

gloriosas marcas de renovación que nos estimulan a repensar la existencia, induciéndonos a procurar los valores espirituales.

Así muchos descubren las bendiciones de la religión. Así muchos se aproximan a Dios.

3.- LA VIRGINIDAD DE MARÍA

Según el evangelista Lucas (Capítulo I) cuando Isabel estaba en el sexto mes de embarazo, Gabriel fue enviado por Dios a Nazaret, ciudad de Galilea, para conversar con una virgen de nombre María, novia del carpintero José.

Salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo saludó el visitante. Observándola perturbada, completó:

No temas, María, pues caíste en gracia delante de Dios. He aquí que concebirás y darás a luz a un hijo, al cual lo llamarás Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo; se sentará en el trono de su padre David, reinará sobre la casa de Jacob y su reinado no tendrá fin.

Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? Porque no conozco varón.

Y respondiendo el ángel le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá; por lo cual también lo Santo que de ti nacerá, será llamado Hijo de Dios.

Y he aquí, Isabel tu parienta, también ella ha concebido hijo en su vejez; y éste es el sexto mes a ella que era llamada la estéril; porque ninguna cosa es imposible para Dios.

Humilde y resoluta, la joven se sometió a la voluntad celeste:

Entonces María dijo: He aquí la criada del Señor; cúmplase en mí conforme a tu palabra.

Tenemos aquí, querido lector, la famosa anunciación. La asombrosa noticia de que una virgen daría a luz un mensajero divino, teniendo por padre biológico el propio Creador.

María es el personaje más reverenciado del Evangelio, después de Jesús, y también de las más misteriosas, en virtud de la

precariedad de informaciones que hay sobre ello.

Después de los acontecimientos que marcaron el nacimiento de Jesús, son escasas las intervenciones de María: en la adolescencia del niño, envolviendo una visita al Templo; en las bodas de Caná, donde ocurrió la transustanciación del agua en vino; delante de la cruz, cuando Jesús la confió a los cuidados del apóstol Juan y en el cenáculo, con los discípulos.

En los libros apócrifos, de la tradición evangélica, hay referencias de los supuestos padres, Joaquín y Ana, su consagración a Dios, la elección de su marido...

Es solo.

No obstante, se instaló a lo largo de los siglos una mariolatría.

En la Edad Media ella llegó a ser más adorada por los fieles que el propio hijo. Eran tiempos de adoración, de exacerbación de las prácticas exteriores, de evocación de las bendiciones del Cielo sin compromisos con la razón. Ideal, por tanto, buscar la sensibilidad de un corazón femenino, capaz de todo favorecer sin nada exigir.

La virginidad perenne de María, defendida por los teólogos medievales, incluso los más ilustres como Agustín y Tomás de Aquino, se enraizó de tal forma en la mente popular que se incorporó a su nombre.

Los fieles evocan a la Virgen María.

No obstante, la virginidad de la madre de Jesús, que habría sido preservada incluso después del parto, va en contra de los textos evangélicos, donde está registrado que ella tuvo otros hijos.

En Mateo (13:53-56) dice el pueblo, en Nazaret, donde Jesús acabó de hacer un sermón:

¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago y José, y Simón, y Judas? ¿Y no están todas sus hermanas con nosotros? ¿De dónde, pues, tiene este todo esto?

Pretenden los teólogos que los enunciados hermanos de Jesús eran primos o, entonces, hijos de un primer casamiento de José. Mera especulación. Por otro lado, Lucas fue el único evangelista que registró el episodio de la anunciación.

Medico griego, discípulo del apóstol Pablo, no convivió con Jesús. Escribió su Evangelio con base en la tradición oral, décadas más tarde.

Jesús se volvió una figura mitológica, y nada mejor para exaltar al hombre mito que situarlo como hijo de una virgen. Otro motivo ponderable para que se optase por la virginidad de María: el sexo.

El simbolismo sobre la pérdida del paraíso, en el Libro Génesis, del Viejo Testamento, deja bien claro que el supuesto pecado de Adán y Eva fue ejercitar la sesera, usando el fruto del árbol de la ciencia del Bien y del Mal. No obstante, encasquetaron los teólogos que se trataba de sexo, más exactamente el placer sexual. Sexo, por tanto, era sinónimo de pecado.

Cuanto mayor el placer, mayor el pecado.

Los matrimonios eran orientados a buscar la comunión carnal solo con el objetivo de procrear. Deberían estar convenientemente vestidos, evitando la sensualidad pecaminosa.

Inadmisible la desnudez.

No era prudente casarse con una mujer muy bonita. Agravaba

el deseo.

¡Caricias sexuales, ni pensarlo! ¡Era más placer pecaminoso!

En la Suma Teológica, Tomás de Aquino lleva a extremos la idea, proclamando que el hombre que ama a la esposa con mucha pasión transgrede el Bien del casamiento y puede ser rotulado de adulterio.

En los Soliloquios, Agustín no lo deja por menos, afirmando que nada aparta más al hombre de las alturas que los cariños de la mujer y aquellos movimientos del cuerpo, sin los cuales él no puede poseer su esposa. Y daban vueltas a la pelota los teólogos, buscando fórmulas para que el sexo, que no podían prohibir, bajo pena de extinción de la raza humana, fuese minimizado en la vida familiar y ejercitado no como parte de la comunión afectiva, sino exclusivamente para la procreación.

El sexo era vedado los domingos, días consagrados al Señor: en el ayuno de cuarenta días, antes de la Pascua; veinte días antes de Navidad; veinte días antes de Pentecostés; tres o más días antes de recibir la comunión; durante el periodo menstrual, semanas antes y después del parto...

Cuanto menos tiempo disponible, menos pecado.

Para contener a los fieles se decía que el sexo en los periodos prohibidos crea hijos deficientes físicos y mentales y enfermedades como la lepra y la tuberculosis.

Víctimas inocentes de las supuestas artes del primer matrimonio, estamos todos manchados por su “pecado”. Todos menos María. Por gracias de excepción ella habría nacido pura, inmaculada.

La idea de la inmaculada concepción generó un problema para los teólogos. Según el dogma del pecado original

experimentamos la muerte por causa suya. Ahora, si María nació sin esa mancha no podría morir.

Se decidió la cuestión con otro dogma: la ascunción de María. Ella no murió.

¡Fue arrebatada a los cielos en cuerpo y espíritu!

No hay límites para la fantasía cuando renunciamos a la lógica y al buen sentido.

En la Revista Espírita, enero de 1862, Allan Kardec hace un oportuno ensayo sobre las teorías del pecado original y la virginidad de María.

Kardec concibe que la raza adámica fue formada por Espíritus venidos de otro planeta, desterrados en la Tierra en virtud de su compromiso con el mal. Encarnaron en el seno de los pueblos primitivos existentes en la Tierra. Esa misma tesis es definida por Emmanuel en A camino de la Luz, reportándose a los capellinos. Espíritus apartados de un planeta del sistema de Capella, estrella perteneciente a la Constelación del Cochero.

Conclusiones de Kardec:

El paraíso perdido: un mundo más evolucionado de donde vinieron la raza adámica, como habitantes de un próspero centro urbano que fueron colocados en convivencia con culturas primitivas, a fin de expiar sus faltas.

El pecado original: el peso de su pasado, de sus deudas kármicas adquiridas a partir del momento en que, habiendo condiciones para distinguir entre el bien y el mal, optaron por este último. En este contexto Kardec sitúa a María como la inmaculada, no bajo el punto de vista físico, sino espiritualmente. Y explica, refiriéndose a ella:

Dios envió a un Espíritu puro, no perteneciente a la raza culpada y exiliada, para encarnar sobre la Tierra y en ella cumplir esa augusta misión; del mismo modo que, de tiempo en tiempo, envía Espíritus superiores para que, en ella encarnarse, para dar un impulso al progreso y acelerar su adelantamiento. Esos Espíritus son, sobre la Tierra, como el venerable pastor que va a moralizar a los condenados en su prisión, y mostrarles el camino de la salvación.

El comportamiento de María, su humildad, su obediencia a las orientaciones espirituales que recibió, su fortaleza de ánimo delante de los sufrimientos impuestos a Jesús, todo eso nos da noticia de que se trataba de un Espíritu superior no vinculado a los compromisos Kármicos de la raza adámica. Natural, por tanto, que reverenciamos a la madre de Jesús como una de las grandes figuras de la Humanidad.

Debemos ver en ella nuestra madre espiritual, dedicada y atenciosa, que nos escucha y envía sus prepuestos para ayudarnos en los momentos difíciles, siempre que recurramos a su bondad con la sintonía del corazón.

Destaquemos que muchos problemas, muchos dolores, muchos desvíos evitaremos si, observando el ejemplo de María, sepamos acatar los designios divinos en los momentos decisivos de nuestra vida, proclamando íntimamente:

¡Señor! Que se cumpla en mí según tu voluntad.

4.- VISITA DE MARÍA A ISABEL

Relata el evangelista Lucas (capítulo I) que María, después del encuentro con Gabriel, al saber que Isabel estaba embarazada, decidió visitarla. Eran parientes no se sabe en qué grado. Primas, talvez, según la tradición.

Viaje largo de Nazaret a Ain-Karim, cerca de 150 kilómetros, lo que tardaba unos seis días de caminata. Poca gente utilizaba carruajes o cabalgadura. Se viajaba a “dos pies” mismo.

Cuando las dos se encontraron ocurrió lo inesperado:

Isabel, según el relato evangélico, quedó llena de un Espíritu santo, y proclamó altisonante: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.

¿Qué hice para merecer la visita de la madre de mi Señor?

En seguida, más tranquila, como si despertase de un trance, Isabel explicó a María, que ciertamente se sorprendió con aquella inusitada acogida.

Porque he aquí, cuando llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre.

Observa, amigo lector:

Isabel expresó en altas voces la satisfacción por la presencia de la prima.

¡Extraño, no es?

Imagina un familiar recibéndote con esa ruidosa euforia.

¡Se ha vuelto loco! – sería la conclusión más obvia.

María pensaría lo mismo si Isabel no explicase que se trataba de una manifestación del niño que acogía en su seno. Obró,

por tanto, como portavoz, digamos médium, del Espíritu que reencarnaba por su intermedio.

Según la Doctrina Espírita, así que se estrechan los lazos que lo prenden al nuevo organismo, en el proceso reencarnatorio, después de la fecundación del ovulo por el espermatozoide, el Espíritu tiende a perder la conciencia. Así deberá estar hasta completar los siete años, después del nacimiento, cuando comenzará a despertar, asumiendo lentamente el control de sus acciones, en el ejercicio del libre albedrío. Eso ocurre porque el cuerpo humano no es un simple ropaje.

Se establece una estrecha unión, molécula a molécula, tan íntima, tan completa, que el reencarnante pasa a subordinarse, hasta para ejercitar la conciencia de sí mismo, a las estructuras orgánicas. Así, en los primeros años, se sitúa como un sonámbulo, con un precario vehículo de comunicación que no consigue dominar.

Hay excepciones.

Espíritus evolucionados conservan la lucidez en los primeros meses de gestación. Se mueven en la Espiritualidad. Perciben lo que ocurre a su alrededor. Así ocurrió con el hijo de Isabel. Identificando la presencia de María, se alegró, originando la agitación del niño en el vientre materno. En aquel momento Isabel fue médium del propio hijo. Por su intermedio él bendijo con efusión a la joven visitante, sintiéndose honrado con la presencia de aquel que sería la madre del mensajero divino.

El reencarnante permanece en sintonía mental con la gestante, influenciando sus estados de ánimo. Eso es tan destacado que podemos hasta identificar algo de la personalidad y de las tendencias del hijo por las reacciones de su madre.

Gestación tranquila, feliz, sin complicaciones Espíritu en paz.

Gestación difícil, extremo nerviosismo, mucho sufrimiento –
Espíritu atribulado.

Pero ¡Cuidado, querido lector! No estamos delante de una fórmula infalible. Es preciso considerar, también, las condiciones físicas y psíquicas de la gestante y los problemas generados por sus propias limitaciones y desajustes.

La influencia del reencarnante envuelve, generalmente, experiencias del pasado. Decía una señora:

- Durante mi gestación, hace quince años, experimenté una inexplicable animosidad contra mi marido. Mal soportaba su presencia. Después del parto, paso todo. Quien brega con él hoy es nuestro hijo.

Otra señora:

- Nunca ame tanto a mi marido, como estando embarazada de mi hija. Experimentaba una inmensa ternura por él. Continúo amándolo, pero nada que se compare a aquellos tiempos. Ella, ahora una adolescente, está apasionada con su padre.

Tenemos en estos dos casos perfectamente caracterizada la unión del reencarnante con el padre. En el primero, un desafecto recalcitrante en los propósitos de reconciliación. En el segundo, un amigo querido estrechando lazos de afectividad.

Semejantes experiencias envuelven otros miembros de la familia, particularmente hermanos. Algunos se aman; otros de detestan, instintivamente. Sin admitir que ya se conocían antes, es difícil explicarlo. La gestante, más que nadie, experimenta esas emociones. Tendrá gran cariño por el amigo que se acerca o inexplicable rechazo si es alguien que le causó sufrimiento en el pasado. Aun aquí es preciso prudencia en esas

valoraciones, dado que hay que considerar como ella recibe la maternidad. Si se alegra con la perspectiva de ser madre, experimentará una inmensa ternura por el hijo, aunque se trate de un desafecto. Si lo encara como un trastorno, podrá rehusar hasta incluso a alguien muy querido.

Vale destacar que el hijo también es sensible a las vibraciones que recibe, particularmente de los padres. Imaginemos que se sientan insatisfechos. No querían, no estaban preparados, no era la hora... Esa reacción generalmente ocurre con jóvenes que simplemente “quedan”, en uniones efímeras sin compromiso, en estos tiempos de libertinaje sexual, confundida con libertad. Eso podrá causar graves traumas en el reencarnante, repercutiendo negativamente en su personalidad. Y, talvez, lo peor que le puede ocurrir, en este periodo en que él se sitúa frágil y dependiente. Por otro lado, padres que conversan con el bebé aun en el vientre materno, que lo envuelven con vibraciones de amor, de cariño, demostrando cuanto lo desean y aman, ofrecen un inestimable apoyo.

Generalmente el Espíritu reencarna reacio, lleno de dudas. No es fácil sumergirse en la carne, con la perdida de la consciencia y la subordinación a un vehículo de materia densa que reduce sus percepciones, apaga su memoria y limita sus movimientos.

Es más complicado nacer que morir.

Si los padres lo reciben con cariño y solicitud, demostrando amor, es más fácil y tranquilo, ayudándolo a superar sus temores.

Como vemos, la Psicología del futuro tendrá un gran campo a investigar, cuando haga el descubrimiento fundamental – el Espíritu inmortal.

Tendremos, entonces, la solución de problemas de gestación

que dejan perplejos a los propios médicos. Sin embargo, así como en el trance mediúmnico común, la influencia del reencamante es perfectamente controlable, desde que la gestante mantenga serenidad y confianza, en clima de oración y vigilancia. Así podrá anular las influencias perturbadoras o acentuar las impresiones felices acogidas del hijo. En cualquier problema de influencia espiritual conviene no olvidar jamás la fuerza invencible de un corazón sintonizado con el Evangelio.

Las lecciones de Jesús deben ser cultivadas particularmente a favor de viajeros de la Eternidad que la mujer recibe en su seno, haciéndose puente bendecido para que realicen un aprendizaje depurador en la escuela terrestre.

5.- EL NACIMIENTO DE JESÚS

Según narra el evangelista Lucas (capítulo II) Augusto Cesar, emperador romano, decretó un censo en Palestina, bajo la orientación de Quirino, gobernador de Siria. El principal objetivo, obviamente, era fiscal.

Roma, la gran señora que dominaba el Mundo, deseaba saber cuántos potenciales pagadores de impuestos sustentaban la riqueza y la buena vida de su aristocracia.

Los judíos deberían ser censados en su ciudad de origen, lo que provocó un movimiento poco común en las calles y en las ciudades.

José, que vivía con María en Nazaret, era natural de Belén. Se vio, por tanto, en la posibilidad de hacer un viaje que tardaría cerca de cinco días.

La posada, previsiblemente, estaba llena.

El matrimonio se acomodó en el establo, probablemente en las afueras. La tradición fijó el lugar como una gruta y colocó a un buey y a un asno, no presentes en el relato de Lucas, que es extremadamente lacónico.

Informa el evangelista, con absoluto equilibrio de palabras, en el versículo 7:

Y tuvo un hijo primogénito, y lo enfajó y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón. En lo demás, funcionó la imaginación.

Envolver al niño en fajas era una costumbre hebrea que tenía como objetivo no solo calentar al niño, sino también limitar sus movimientos. Se creía que eso garantizaba brazos y piernas fuertes y sin problemas.

En eso entretanto, pastores que cuidaban de sus rebaños, en las cercanías de Belén, fueron visitados por un ángel. Este los informó de que el emisario divino, aguardado con gran expectativa por el pueblo judío, llegó finalmente. Habrían de encontrarlo en un pesebre, envuelto en paños.

Otros ángeles aparecieron y, en un coro celestial, entonaron, en glorioso cantico, la proclamación:

Gloria a Dios en las Alturas, paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad.

Poco después, los pastores encontraron a Jesús como les fue indicado, y le rindieron homenajes.

Tenemos aquí, querido lector, en breves palabras, el nacimiento de Jesús, conmemorado festivamente el 25 de diciembre, fecha magna del Cristianismo, el acontecimiento más destacado de la Historia.

En la Natividad (Navidad), que significa nacimiento, hay un clima de esperanza y fraternidad en las comunidades cristianas. Jesús parece más cercano a los hombres. Lo correcto sería decir que estamos más cerca de él, ante la mística Navidad, incentivando la buena voluntad, la voluntad de ser bueno.

La narrativa atribuida a Lucas es bella y poética, pero la interpretación bíblica sugiere que no guarda fidelidad a los hechos.

Comienza con el censo.

Es extraño que los habitantes de Palestina, cerca de un millón de judíos, se sometiesen al censo en la ciudad de su nacimiento. ¿Porque no en la localidad donde residían, como manda la lógica? Da para imaginar la confusión resultante, absolutamente innecesaria.

Muchos estudiosos afirman que Jesús nació en Nazaret.

La narrativa introducida en el Evangelio de Lucas tendría por objetivo dar cumplimiento a la antigua profecía judaica, según la cual el enviado divino naciera en Belén. De ahí el supuesto viaje en el controvertido censo.

Jesús fue tan importante para la Historia, que la dividió en dos épocas. Antes y después de él. Por eso contamos los años a partir de su nacimiento, en los dos sentidos del tiempo lineal.

Augusto Cesar, por ejemplo, nació en el año 63 a. C (antes de Cristo), y murió el 14 d. C (después de Cristo). Se usa, también, en el segundo caso, la abreviatura a. D del latín anno Domini (en el año del Señor).

Ese cambio ocurrió en el siglo VI, a partir de los cálculos efectuados por Dionisio, un monje y escritor cristiano que, frente a las limitaciones de su tiempo, se equivocó en algunos años. Sabemos hoy que Jesús nació aproximadamente de cuatro a seis años antes de la fecha fijada. Así, en este año del 1997, en que escribo estas anotaciones, estaríamos entre el 2001 al 2003.

El supuesto juicio final, si lo llevamos en consideración, interpretes bíblicos que lo fijaron en el año 2000, está atrasándose. Admitiendo esa previsión podemos decir que Dios es brasileño, como se dice en nuestro país, por lo menos al respecto de nuestra tradicional falta de puntualidad.

Se desconoce el día exacto del nacimiento de Jesús.

En el siglo IV las autoridades religiosas optaron por el 25 de diciembre, que marcaba el inicio de las fiestas populares de la primavera, al suceder el invierno. Era la vida recomenzando después de la muerte simbolizada por los meses fríos.

Se consideraba el nacimiento de Jesús el marco del

renacimiento espiritual de la Humanidad, así como el día sucede a la noche y la vida sucede a la muerte.

Las dudas que envuelven el natalicio del Señor, lejos de quitar el brillo y la belleza del Evangelio, solo demuestra que no debemos detenernos en detalles innecesarios.

Centralicemos nuestra atención en lo que hay de relevante en su nacimiento, destacando el objetivo de Mi misión.

Jesús vino a enseñar cómo construir el Reino Divino, y partir de bases fundamentales – el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos.

En buena lógica, bajo el punto de vista humano, Jesús debería haber nacido hijo del emperador romano. Así disfrutaría del necesario poder para el desempeño de la grandiosa misión, imponiendo su mensaje a los hombres. Las religiones romanas serían la garantía del cumplimiento de sus determinaciones. Nada de eso ocurrió.

Jesús prefirió nacer en una de las más sencillas provincias del imperio, lejos del poder, hijo de un humilde carpintero. Se situó tan lejos de Roma, palco de los acontecimientos destacados de la época, que la Historia prácticamente lo ignoró.

¿Por qué semejante elección?

Para entender eso, consideremos el hecho fundamental que distingue a Jesús de los líderes religiosos en general:

Él fue el único que, en todas las circunstancias, ejemplificó su mensaje. Vivió sus enseñanzas.

Contemplamos asombrados, en la vida de los grandes líderes religiosos, fundadores de religiones, flagrantes contradicciones entre lo que predicaban y la realidad de su día a día. El

mensaje que traían parecía mayor que ellos, incapaces de superar las limitaciones de su tiempo. Pesaba en sus hombros.

Con Jesús fue diferente. Él fue tan grande como su mensaje y la vivenció enteramente.

Enseñaba que los hombres son todos hermanos, hijos del mismo Dios, padre de amor y misericordia. Por eso no discriminaba a nadie, ni recusaba la convivencia con la llamada gente de mala vida, proclamando que los sanos no necesitan de médico.

Enseñaba que debemos hacer al prójimo el bien que nos gustaría que nos fuese hecho, y pasó su apostolado atendiendo a los necesitados de todos los matices, curando enfermos del cuerpo y del alma.

Enseñaba que debemos perdonar no solo siete veces, sino setenta veces siete, siempre y jamás acoger resentimientos o amarguras, incluso contra los peores adversarios.

Culminó por perdonar a sus verdugos en la cruz. Y al retornar a la convivencia de los discípulos, en la gloriosa materialización, lejos de amonestarlos por haberlo abandonado en el momento extremo, simplemente los saludó con el cariño de siempre – la paz esté con vosotros, convocándolos después a la gloriosa propagación de sus principios.

Empeñado en demostrar, desde el primer momento, que el camino para Dios pasa por el abandono de los intereses humanos, de las ambiciones, del compromiso con el poder y con la riqueza, prefirió nacer hijo de un humilde carpintero, en el seno de un pueblo sin expresión en el contexto de Roma. Ejemplificaba, así, una lección aun no asimilada por la Humanidad:

El valor de un hombre no puede ser medido por su origen, por su profesión, por el dinero, por la posición social, por el poder que acumula, sino por su empeño en contribuir para la armonía y el bienestar de la sociedad en que vive, sea él el presidente de la república o el más humilde trabajador. Por eso, en cualquier tiempo, siempre que nos detengamos en la apreciación del nacimiento de Jesús, no importa saber si las informaciones de Lucas son rigurosamente exactas: si Jesús nació en Belén o en Nazaret; si fue en el año uno o antes; si en diciembre o en otro mes.

Debemos evaluar, eso sí, si ya iniciamos una nueva cuenta de tiempo en nuestra vida. Si ya podemos conmemorar el anno Domini, aquel año decisivo del nacimiento de Jesús en nuestros corazones.

Es fácil saberlo.

Considerando que su mensaje se sintetiza en el espíritu de servicio a favor del bien común, basta evaluar cuanto de nuestro tiempo hacemos un tiempo de servir.

6.- SIMEÓN Y ANA

Relata el evangelista Lucas (capítulo II) que ocho días después de su nacimiento Jesús fue sometido a la circuncisión. Consistía en cortar el exceso de prepucio que cubre el glande.

Simplificando, amigo lector, se trata de eliminar la parte de la piel que envuelve el pipi del bebé. Aunque el carácter religioso de la ceremonia, instituida por el patriarca Abraham, celebrando la alianza con Jehová en las tradiciones judaicas, la circuncisión, llamada en medicina de postectomía, tiene un carácter eminentemente preventivo.

Se sabe hoy que hombres circuncidados tienen menos problemas con infecciones y una incidencia menor de cáncer en el pene y en el útero de sus mujeres. Hay médicos que defienden la idea de hacerlo común como la vacunas para el bebé.

La circuncisión era hecha solamente, en una ceremonia especial en que también se daba nombre al niño. Según la tradición judaica, la mujer que daba a luz un bebé debía abstenerse de cualquier ceremonia religiosa durante 40 días, por situarse en estado de impureza ritual. Por razones desconocidas, ciertamente bajo la inspiración del viejo machismo humano, si era niña el periodo se extendía a 80 días.

Completada la cuarentena, la familia fue al Templo, en Jerusalén, donde María se sometió a los rituales de purificación, ofreciendo dos palomas o tórtolas para el sacrificio, cuota módica que favorecía a los pobres. Las personas ricas ofrecían una oveja.

También se pagaba cinco siclos, moneda de plata en uso corriente en el oriente, para el rescate del primogénito, que era consagrado al Señor. Esto significaba que debería servir en el

Templo, compromiso concedido en aquel tiempo, ya que esa función era ejercida por los miembros de la tribu de Levi.

Durante la permanencia de la sagrada familia en el Templo, se dieron dos destacados acontecimientos. En dado momento se aproximó un anciano de nombre Simeón, justo y piadoso, que al ver al niño con María lo cogió en sus brazos y, emocionado, proclamó:

Ahora, Señor, según tu palabra, despide en paz a tu siervo, porque mis ojos vieron al Salvador que enviaste para iluminar toda gente y para la gloria de Israel.

Simeón bendijo al matrimonio y dijo a María:

He aquí, éste es puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel; y para señal a la que será contradicho; y una espada traspasará tu misma alma, para que sean manifestados los pensamientos de muchos corazones.

Él fue informado por un Espíritu Superior de que no vendría la muerte mientras no llegase el enviado divino.

Al contemplar Jesús en los brazos maternos se emocionó.

¡Era el mensajero!

De ahí la proclamación. Avanzado en edad, ya era la hora de partir, después de cumplirse lo que le fue anunciado. En seguida surgió una mujer mayor que el evangelista describe con riqueza de detalles:

Estaba también allí Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser; la cual había venido en grande edad, y había vivido con su marido siete años desde su virginidad; y era viuda hacía ochenta y cuatro años, que no se apartaba del Templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones.

Ana también se emocionó al ver al niño e, inspirada, exaltó la

presencia del Mesías.

Es siempre oportuno recordar que el nacimiento de Jesús envuelve varias intervenciones de sus prepuestos espirituales, generando situaciones y acontecimientos que tenían por objetivo evidenciar que aquel niño era muy especial.

El fenómeno mediúmnicó se hacía presente de forma ostensiva, como si el Cielo estuviese más cerca, anunciando la llegada del emisario celeste.

Proclamaron los Espíritus Superiores, por intermedio de Simeón, que Jesús experimentaría atroces padecimientos y la propia María sufriría las persecuciones promovidas contra su hijo. Sabían que Jesús enfrentaría fuertes resistencias.

Como un misionario que va a cuidar de una tribu de salvajes, acabaría siendo sacrificado, no sin antes dejarles un glorioso mensaje que revolucionaría los conceptos humanos al respecto de la divinidad y de la vida social.

Algo semejante a la experiencia de Simeón y Ana ocurre con nosotros en variadas circunstancias. Los benefactores espirituales están presentes en nuestra vida, estimulándonos a la observación de nuestros deberes y a la realización de los proyectos de renovación y trabajo que traemos en el bagaje reencamatorio. Los detalles pueden ser más o menos complejos. Depende de la condición espiritual del reencamante.

Oportuno recordar, pues, que en el encadenamiento de las circunstancias que favorecen el cumplimiento de los planes elaborados no hay lugar para la casualidad.

El reencuentro con afectos y desafectos del pasado, escoger profesión, hijos, la vocación religiosa y eventos variados son disparados a partir de indefinibles presiones interiores, que

nos inducen al cumplimiento de los compromisos asumidos.

No es raro, sentimos un impulso tan fuerte en relación a una determinada iniciativa, como una fuerza irresistible que viene del fondo de nosotros mismos, que podríamos imitar a Simeón y proclamar, con absoluta convicción, cosas así:

- Ahora, Señor, que se cumpla tu voluntad, pues mis ojos contemplaron aquella que será si esposa – encuentro con un alma escogida.

- Ahora, Señor, bendice mi esfuerzo de aprendizaje – encuentro con la vocación profesional.

- Ahora, Señor, inspírame en el empeño de renovación – encuentro con el ideal religioso.

- Ahora, Señor, ayúdame en la reconciliación – encuentro con enemigos del pasado.

- Ahora, Señor, susténtame en las pruebas – encuentro con las atribuciones del Mundo.

El problema es que no siempre estamos bien sintonizados y, bajo influencia de las pasiones y de los intereses humanos, podemos confundir las señales. Eso nos lleva a descuidar la programación o peor – hacer lo que no fue programado.

Muchos matrimonios ocurren bajo inspiración de una efímera pasión. Muchas decisiones profesionales desembocan en una frustración.

Muchos ideales se volatilizan delante de la primera dificultad. Muchos rencores se recrudecen por indisciplina del sentimiento. Mucha gente se rebela ante los dolores del Mundo.

Por eso, no es raro, que las personas promueven más estragos que perturban el presente y complican el futuro, que reparar el pasado. Para liberarnos de ese círculo vicioso de desaciertos

voluntarios y ajustes obligatorios, es fundamental que imitemos ejemplos como los de Simeón y Ana.

Según la narrativa evangélica, Simeón era un hombre justo y piadoso; Ana era mujer dedicada a los servicios religiosos. Ambos eran profetas, personas virtuosas, dotadas de sabiduría, capaces de hablar como intérpretes de la Espiritualidad Mayor.

Siempre que cultivemos la justicia, la piedad y la sintonía con los mentores espirituales, esforzándonos en superar nuestras limitaciones, identificaremos con seguridad los encuentros programados, habilitándonos a hacer lo mejor, sin perder tiempo con ilusiones.

7.- LOS MAGOS

Según relata el evangelista Mateo, cuando Jesús nació en Belén, unos magos vinieron de Oriente y pasaron por Jerusalén buscando al niño que sería el rey de los judíos. Decían ser guiados por una estrella y venían a rendirle homenajes.

Observa, amigo lector:

El evangelista habla de unos magos. No hay ninguna referencia a la supuesta condición de reyes, como son conocidos.

La tradición los llamó Melchor, Gaspar y Baltasar, representando las tres razas – la semítica, la blanca y la negra.

Sugieren escritores medievales que eran en mayor número, más de diez. Se supone que habrían venido de Arabia, de Babilonia y de Persia.

Palestina era gobernada por Herodes, el Grande. ¡Herodes fue, realmente, muy grande, inmenso – en maldad! Sanguinario, no dudaba en eliminar a cualquier persona que se le opusiese.

Se cuenta que mandó matar a sus hijos Alexandre, Aristóbulo y Antipater bien como su esposa Mariana, atendiendo caprichos o temeroso de que le usurpasen el poder.

Dice la leyenda que Herodes determinó, antes de morir, una siniestra idea:

Mientras su cuerpo fuese velado en el anfiteatro, en Jericó, los hombres más famosos y estimados de la ciudad serian ejecutados, a fin de que hubiese mucha tristeza y muchas lágrimas en sus funerales.

El cruel gobernante ocupa el lugar de destaque entre los

peores malvados de la Historia.

En contacto con los magos, al escuchar la noticia del nacimiento de un niño que sería coronado rey de los judíos, Herodes se sobresaltó.

¡Su poder estaba amenazado!

Astuto, los trató con gentileza y les recomendó que partiesen en busca del niño que, según la profecía, estaría en Belén. Al volver, que le informasen. Quería visitarlo. Su intención, obviamente, era eliminar al niño.

Los magos partieron.

Guiados por la estrella encontraron a Jesús en el establo y le rindieron homenajes, ofreciéndole regalos – oro, incienso y mirra.

Según la tradición, oro simbolizaba la realeza de Jesús; incienso, su elevada espiritualidad; mirra, una sustancia vegetal usada para embalsamar cadáveres, anticipaba que sería sacrificado, inmolándose en el coronamiento de su misión.

Avisados por una revelación divina, en sueños, para que no volvieresen a Herodes, los magos regresaron a su tierra por otro camino. A su vez, José soñó con un ángel que le recomendó huir para Egipto, dado que Herodes pretendía matar al niño.

La sagrada familia partió aquella misma noche.

No teniendo noticias de los magos y presintiendo que fue engañado, Herodes se enfureció y mandó que sus soldados matasen, en Belén y cercanías, a todos los niños menores de dos años.

Según estimativas, considerándose la población de la época, cerca de 25 a 30 niños fueron bárbaramente muertos para que el enviado celeste no sobreviviese.

El evangelista encierra el episodio con una transcripción:

Entonces se cumplió lo que fue dicho por el Señor por el profeta Jeremías, que dijo:

“Voz fue oída en Ramá, lamentación, lloro y gemido grande; Raquel que llora sus hijos, y no quiso ser consolada, porque perecieron.”

A salvo con María y Jesús en Egipto, José allí permaneció hasta la muerte de Herodes (4 d. C), cuando otro ángel le recomendó, en sueños, que retomase a Palestina. Obedeciendo la orientación angélica, el carpintero regresó a Nazaret, donde Jesús viviría hasta el inicio de su apostolado. De ahí que lo llamasen “el nazareno”.

Tenemos aquí, en síntesis, el relato evangélico que da secuencia a los acontecimientos que marcaron el nacimiento de Jesús.

La historia oficial, que detalla los crímenes de Herodes, no incluye la denominada matanza de los inocentes. Su autenticidad es dudosa. Cuestionable también que se tratase del cumplimiento de una profecía de Jeremías. Eso implicaría admitir que, siglos antes, Dios planeara aquel horror. Herodes sería, entonces, un mero agente de la voluntad celeste. No podría asumir responsabilidad ya que estaría cumpliendo una determinación divina.

Si el amigo lector se da al trabajo de leer todo el capítulo treinta y uno, del Libro de Jeremías, en el Viejo Testamento, de donde fue extraída la citación de Lucas, verá que el lenguaje es denso y poco claro, repleto de simbolismos y fantasías. Textos así pueden ser interpretados a la voluntad del feligrés, envolviendo hasta incluso acontecimientos poco probables como aquel genocidio infantil. A mi ver, por tanto, estamos delante de un texto añadido.

La visita de los magos evidencia que el nacimiento de Jesús repercutió más allá de Palestina, bajo el punto de vista espiritual. Ciertamente, en todas las latitudes, personas dotadas de gran sensibilidad, que hoy llamaríamos de médiums, fueron informadas al respecto o presintieron que estaba llegando nuestro gobernador espiritual, con un glorioso mensaje de renovación para la Humanidad. De entre las muchísimas denominaciones que recibieron los médiums, en todos los tiempos, mago es una de ellas.

Se especula al respecto de la estrella.

¿Sería un cometa? ¿O la conjunción de dos o tres planetas? Ninguna hipótesis astronómica se ajusta perfectamente a la estrella que guiaba a los magos. Puede haber sido un fenómeno mediúmnico.

Médiums videntes, solo los magos divisarían la estrella que apuntaba para el oriente. O sería un mero folclore. Así como fueron avisados en sueños para evitar el retorno por Jerusalén, podrían recibir informaciones sobre la localización del niño sin el aparato de la estrella.

Los fenómenos más interesantes, envolviendo este pasaje evangélico, con respecto a los sueños.

Los magos fueron avisados para no volver por el mismo camino. José fue encaminado a Egipto.

Tres años después el ángel le recomendó que volviese a Galilea.

Los parapsicólogos se adentran sobre las experiencias de esa naturaleza, sin lograr comprenderlas.

El Espiritismo nos da la explicación, muy sencilla:

Mientras el cuerpo duerme nuestro Espíritu transita por el continente espiritual. Pasamos un tercio de nuestra existencia

en el Más Allá.

Amado Nervo dice con propiedad:

El sueño es uno de los hemisferios de la vida; es la propia vida continuada en otro plano. Los sueños son pálidos recuerdos de ese tránsito diario.

A semejanza de lo que aconteció con los magos y con José, recibimos avisos durante las horas de sueño, no siempre registrados con mucha nitidez, envolviendo circunstancias variadas, como nacimiento y muerte, enfermedad, éxitos y fracasos, en actividades del día a día. Todos tendríamos algo que comentar, envolviendo nuestras propias experiencias.

Un ejemplo destacado al respecto de una señora, madre de dos adolescentes.

Cierto día los niños jugaban en un parque, en las proximidades del hogar, cuando un automóvil pasó a gran velocidad y los atropelló, matándolos. El matrimonio sufrió mucho. La mujer estaba peor, siempre deprimida e infeliz. La vida perdió el sentido para ella.

Cierta mañana, se despertó animada, con la certeza plena de que habló con uno de los hijos mientras dormía. Él le dijo que no estuviese triste, ya que ambos volverían a nacer y serían nuevamente sus hijos. El marido le dijo ser imposible. El médico ya la avisó de que no tendría más hijos. En una nueva consulta, aquel mismo día, fue confirmada la esterilidad. Aun así, ella permaneció con confianza en la promesa del hijo.

Para sorpresa de familiares y amigos, algún tiempo después quedó embarazada y dio a luz dos gemelos. ¡Dos niños!

A la medida en que ellos se desarrollaban, confirmaban, por tendencias y recuerdos, que eran, efectivamente, los hijos muertos en el accidente. Lo que más les asustaba era ir al lugar

donde ocurrió el accidente con los hermanos. Quedaban asustados.

Mil explicaciones pueden ser ensayadas por los negadores rebeldes. Ninguna más lógica, simple, racional:

Los niños retornaron.

Nuestro tránsito por el plano espiritual, durante el sueño, no tiene como objetivo una mera recepción de avisos. Allí desarrollamos muchísimas actividades.

Encontramos familiares, amigos, benefactores... Podemos trabajar, estudiar, ejercitar el bien...

Pero podemos, también, sufrir la influencia de Espíritus que nos perturban, inspirarnos ideas infelices.

Talvez te preguntes, querido lector:

¿Cómo aprovechar bien las horas nocturnas? ¿Cómo hacer para liberarnos de malas influencias, poniéndonos en contacto con los buenos Espíritus?

Recordemos el viejo dictado:

Dime con quién andas y te diré quién eres. Espiritualmente, podemos usar una variante: Dime cómo eres y te diré quién te acompaña.

Eso vale para todos los momentos. En la vigilia y particularmente, durante las horas de sueño, cuando somos más vulnerables a las influencias espirituales.

Los magos y José eran hombres de bien, virtuosos y disciplinados. Favorecían el contacto con benefactores espirituales que los orientaban por los mejores caminos.

Herodes, el Grande, era prepotente y malvado. De ahí las funestas uniones espirituales que le inspiraban las atrocidades

que marcaron su comportamiento.

Fácil concluir, en cuanto a la naturaleza de las influencias que recibimos durante el sueño:

¡Depende de nosotros!

8.- EN EL TEMPLO

Según la tradición, los judíos debían ir a Jerusalén en tres festividades:

En la Pascua, de seculares evocaciones relacionadas con la llegada de la primavera y la fuga de Egipto bajo el liderazgo de Moisés.

En Pentecostés (literalmente en griego, cincuenta días después de la Pascua), llamada Fiesta de la Cosecha, conmemorativa también de la llegada de los Diez Mandamientos de la Ley, recibidos por Moisés en el Monte Sinaí.

En la Fiesta de los Tabernáculos, así llamada porque durante los siete días de su duración los judíos habitaban tiendas, recordando el tiempo en que peregrinaban en el desierto en busca de la Tierra Prometida. Dentro de las ciudades eran erguidas en los tejados de las casas o en las calles. Tabernáculo es una tienda portátil, que recuerda las tiendas de campaña usadas por los adeptos del camping.

Relata el evangelista Lucas (2:41-52) que, cuando tenía doce años, Jesús acompañó a José y María a Jerusalén, por ocasión de la Pascuas.

Cumplida su obligación, los judíos residentes en el interior retornaban al hogar. En las calles había movimiento. Las familias amigas se juntaban, transformando el viaje en una alegre excursión.

Hombres, mujeres y niños formaban grupos, conforme sus tendencias y afinidades. A la noche acampaban. Recomenzaban al día siguiente, una jornada que podía ser larga, dependiendo de la ciudad donde residían.

El retorno a Nazaret necesitaba cerca de cuatro días.

Justamente porque la chiquillería quedaba más o menos libremente, José y María solamente se dieron cuenta de la falta del hijo a la noche. Según la tradición ya estaban en El-Bireh, aproximadamente a dieciséis kilómetros de Jerusalén.

A la mañana siguiente, llenos de ansiedad, retornaron a la ciudad santa. Fueron a encontrar a Jesús en el Templo, probablemente en una de las salas anexas, donde los doctores de la Ley, versados en el conocimiento de las escrituras, respondían a las preguntas de los visitantes.

Sorprendidos, José y María supieron que Jesús estuvo dialogando con ellos. El pueblo estaba asombrado. Sus preguntas y comentarios revelaban una sabiduría poco común, inconcebible en un adolescente.

Con la delicadeza de siempre, María habló al niño:

Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con dolor. Atento a la observación de María, querido lector: Tu padre...

Demostrando perfecta conciencia de que José no era un mero tutor de su hijo. Y Jesús le respondió, en aquella que sería su primera palabra en los Evangelios, revelando ya al principio, su elevada condición espiritual:

¿Qué hay? ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios que son de mi Padre me conviene estar?

La tradición fijó la expresión “en la casa”, en detrimento de “en las cosas”, como está textualmente el original griego, más compatible con la universalidad de la misión de Jesús.

Dios no está en ningún templo en particular. Inteligencia cósmica del Universo, su presencia se hace sentir en todo y en todos sus hijos. Dios está en nuestra propia conciencia, aquel pastor bendito del salmista, que nos conduce por las veredas

rectas de la justicia, por el amor de su nombre.

Hijos de Dios que somos todos, lo que debemos hacer para habilitarnos a la comunión con el Señor es cuidar de las cosas del Padre, relacionadas con nuestra reforma íntima y el empeño por cumplir sus leyes, admirablemente sintetizadas por Jesús en su mensaje sublime. En su simplicidad, probablemente José y María no entendieron la respuesta de Jesús, pero, aliviados, partieron de retorno a Nazaret.

El evangelista Lucas termina el relato diciendo que María guardaba en su corazón aquellas palabras y que Jesús crecía en sabiduría, estatura y gracia, delante de Dios y de los hombres. Esta es la única información que tenemos sobre la adolescencia de Jesús.

Probablemente María transmitió a Lucas el destacado episodio, de los más importante de entre sus recuerdos. Por eso una pregunta está siempre presente cuando se estudia la vida de Jesús:

¿Qué hacía, como vivía, por donde anduvo de los 13 a los 30 años, cuando inició su apostolado?

Estudiosos, en todos los tiempos, intentaron descubrir el misterio, cada cual presentando su tesis:

Estuvo en la india... Vivió entre los esenios...

Bebió de los misterios de Egipto... Estuvo en la China milenaria... Entrevistó los lamas del Tíbet...

Hay quien lo vio en tránsito por todas las culturas, haciendo su iniciación en ciencias ocultas, en los misterios esotéricos, en los principios de yoga...

De ahí la sabiduría y los poderes que hicieron de él la mayor figura de la Humanidad.

El relato de Lucas dispensa cualquier especulación al respecto

del asunto. Ya a los doce años el Maestro se revelaba el sabio de los sabios, consciente de su grandiosa misión.

Demostró claramente eso cuando respondió a María. Su erudición en el dialogo con los doctores de la Ley, inspirando asombro, demuestra que Jesús no tenía nada que aprender con los esenios, chinos, hindúes, egipcios...

Jesús llevaba todo consigo.

Superando el choque biológico del nacimiento, que impone el olvido del pasado, se presentó desde temprano en la plenitud de sus conocimientos y poderes. Vale destacar que los grandes genios de la Humanidad, en variados sectores de actividad, revelan su genialidad desde la más temprana infancia.

Ejemplo destacado: Mozart.

A los cuatro años ya tocaba piano; a los cinco compuso; a los siete tuvo cuatro sonatas publicadas; a los doce presentó su primera sinfonía.

Cierta vez un adolescente le preguntó qué hacer para componer música erudita. Mozart le recomendó que pensase en algo más sencillo, una balada talvez...

- Pero, maestro – le contesto el aprendiz -, más joven que yo, usted compuso obras complejas.

-Sí, le respondió -, pero no necesite pedir ayuda a nadie...

Es eso. ¡El genio viene preparado! Trae su patrimonio de experiencias en vidas anteriores. El proceso de su formación es, antes de todo, una rememoración.

Sócrates decía que aprender es recordar.

Los mejores alumnos, en cualquier aprendizaje de carácter cultural, artístico o profesional, son aquellos que lidiaron con

el asunto en el pasado. Las vocaciones innatas se relacionan con nuestras actividades en vidas anteriores. Por eso unos tiene facilidad para las lenguas, otros para trabajos manuales, otros para el arte, otros para la literatura...

Todo lo que hacemos y pensamos queda registrado en los archivos del inconsciente, manifestándose en forma de tendencias y aptitudes, en una suma de experiencias que operan sutilmente nuestro crecimiento espiritual, a lo largo de las reencarnaciones que se suceden, sin que nada se pierda. Por eso nunca es tarde para aprender, reciclar conocimientos, renovarse, perfeccionar ideas hacer lo mejor...

Nuestro esfuerzo de hoy nos hará más fuertes, más esclarecidos, más capaces mañana, en esta vida, en la vida espiritual o en reencarnaciones futuras.

9.- JUAN BAUTISTA

A lo largo de los siglos, generaciones de judíos sufrieron bajo el yugo extranjero. Asirios, babilonios, griegos, romanos, se alternaron en la explotación de aquella franja de tierra entre el mar y el desierto, camino ideal de unión entre países vecinos, más fuertes y poderosos.

La gran esperanza era la venida de un Mesías.

El mensajero divino, anunciado insistentemente por los profetas, libertaría a Palestina definitivamente y conduciría a los hijos de la raza a su gloriosa destinación. Era el pueblo escogido por Jehová para reinar, soberano, en la Tierra.

Bien vivas permanecían en el alma popular las palabras de Isaías (40:3):

Voz que clama en el desierto; preparad el camino del Señor, enderezad sus veredas. Un profeta, tan grande como los mayores del pasado, vendría a anunciar la llegada del Mesías. Por eso, en el tiempo del dominio romano, cuando un hombre surgió proclamando en predicaciones vibrantes y verbo inflamado que los tiempos eran llegados, muchos se regocijaron.

Él tenía todo para ser el precursor.

Su nacimiento fue anunciado por un ángel.

Su madre lo concibió, aunque considerada estéril y en avanzada edad. Y él tenía mucha afinidad con Elías, el gigante de los profetas judíos, que vivió hace ocho siglos. Eso era significativo dado que, según Malaquías (4:5), el último profeta del Viejo Testamento, Elías volvería a la Tierra, sería la voz en el desierto preparando los caminos del Mesías.

Se trataba de Juan, hijo de Zacarías e Isabel.

Como Elías, él pasaba gran parte de su tiempo en los lugares yermos. Amaba la soledad, lo que se consideraba propio de los hombres escogidos por Dios para desempeñar sagradas tareas.

Como Elías, se vestía con simplicidad absoluta, piel de camello y cinto de cuero. Como Elías, se alimentaba frugalmente, con miel y saltamontes.

Como Elías, despreciaba las convenciones humanas.

Resumiendo: era el propio Elías de retorno a las luchas humanas para anunciar la venida del Mesías.

Se destaca que por dos veces Jesús iría a referirse a él como la reencarnación del profeta. La más importante está registrada en el Evangelio de Mateo, capítulo XVII, cuando los discípulos hacen referencia al retorno de Elías.

¿Si Jesús era el Mesías, donde estaba Elías? Jesús les respondió:

De hecho, Elías ya vino y no lo conocieron, antes hicieron con él todo lo que quisieron. Comenta, significativamente, el evangelista:

Entonces, los discípulos entendieron que les hablaba de Juan Bautista.

El precursor, ya había muerto decapitado, a mando de Herodes Antipas, hijo del célebre Herodes, el Grande.

Antipas, gobernaba la provincia de Galilea, nombrado por Roma.

En la afirmativa de Jesús y en los comentarios del evangelista está perfectamente caracterizada la reencarnación de Elías como Juan Bautista.

Solo no ve quien no quiere, o no tiene, como decía Jesús, ojos

para ver. La predicación de Juan era clara.

Con la rudeza que le era peculiar, lo que refuerza la idea de que era la reencarnación de Elías, agitaba los Espíritus demostrando que la hipocresía que caracterizaba el comportamiento de los sacerdotes judíos era incomparable con el mensaje que vendría. (Lucas, 3:7-9):

¡Oh generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira que vendrá? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir en vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que puede Dios, aun de estas piedras, levantar hijos a Abraham. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; todo árbol pues que no hace buen fruto, es cortado, y echado en el fuego.

Su vehemencia alcanzaba principalmente aquellos que se creían privilegiados por el simple hecho de ser descendientes de Abrahán, uno de los padres de la raza.

Juan resaltaba que era mucho más importante es ser hijo de Dios, condición de todos los hombres. Esa unión no fue asimilada por las varias corrientes religiosas vinculadas al Cristianismo, a lo largo de los siglos.

En discusiones irritadas, reivindican, cada una de ellas, el monopolio de la verdad y de la salvación. Una tendencia que, dígame de paso, envuelve las religiones de un modo general, que a lo largo de la Historia intentaron imponerse unas a las otras, no con la fuerza de sus principios, sino con el principio de la fuerza, agarrándose en sangrientas guerras, irónicamente, llamadas “santas”.

Tardan sus adeptos en comprender que el principio elemental de la religiosidad auténtica es el respeto a la libertad de conciencia y a las convicciones ajenas.

¿Si la religión es el camino para Dios, como ir a su encuentro

pisoteando al prójimo?

¿Cómo reverenciar al Padre, discriminando o agrediendo a sus hijos?

Interesante la afirmativa de Juan sobre las piedras que Dios transforma en seres humanos.

El surgimiento del hombre en la Tierra fue la culminación de un lento proceso de evolución que comenzó hace miles de millones de años, en el reino mineral, con la combinación de sustancias químicas que dieron origen a los primeros seres vivos, bajo la orientación de númenes tutelares, prepuestos del Creador. No sería un error decir que nacemos de las piedras...

Y la Biblia anuncia un precioso simbolismo cuando destaca que Dios hizo al primer hombre, Adán, a partir de un puñado de tierra...

El sobrenombre “Bautista”, que la tradición transformó en apellido, se originó de un rito adoptado por el profeta – sumergir en las aguas del río Jordán aquellos que aceptaban sus enseñanzas.

El bautismo de Juan sufrió profundas alteraciones que lo desvirtuaron.

Según entienden los teólogos, nacemos todos marcados por el pecado original cometido por Adán y Eva, y Dios no nos reconoce como hijos hasta que nos sometamos al bautismo. Y más: quien no es bautizado no puede entrar en el Cielo. De ahí se adoptó la práctica de bautizar a bebés tan pronto como sea posible, ante la posibilidad de morir prematuramente con la mancha del original pecado, lo que sería desastroso para el recién nacido. Esa lamentable aulteración del bautismo de Juan constituye una flagrante injusticia. Al considerarse así, millares de personas que mueren todos los días en el Mundo, en variadas edades, estarían mal con Dios porque jamás

escucharon hablar de Jesús y muchos menos de la necesidad de ese supuesto detergente para depurar el Alma y reconciliarlo con Dios.

Pagamos todos por el “pecado” de la pareja original, algo inconcebible, ya que el mal principio de justicia elemental determina que la culpa y la penalidad no pueden trascender a la persona del criminal.

¿Qué tenemos que ver con Adán y Eva?

Creyentes poco esclarecidos llegan al extremo de decir que el individuo que no se dispone a aceptar a Jesús, sometiéndose al bautismo, no es hijo de Dios, sino una simple criatura, algo equivalente a situarlo como un bastardo en el contexto de la Creación.

¡Un espanto!

No era eso lo que Juan pretendía con el bautismo, la inmersión en las aguas del río Jordán. Juan resaltaba ser indispensable el arrepentimiento, el reconocimiento de los errores del pasado, para recibir las bendiciones que el mensajero divino traería. La inmersión era precedida de una confesión pública y de la declaración de fe del iniciado, que se disponía a la renovación, combatiendo a los propios defectos. El bautismo, por tanto, era solamente un divisor de aguas, el marco de una vida nueva. A partir de aquel momento el convertido se disponía a ser otra persona.

Cuando preguntaban a Juan:

¿Qué debemos hacer? Respondía (Lucas, capítulo III):
Haced frutos sinceros de arrepentimiento...

Aquel que tiene dos túnicas, dé una al que ninguna posee... Y quien tiene lo que comer, divida con el que pasa hambre.
A los publicanos, los cobradores de impuestos, recomienda

que no exijan más de lo que está ordenado.

A los soldados, que no opriman, ni acusen falsamente a nadie; y estén contentos con sus salarios.

Hasta parece que hablaba para el hombre de nuestro tiempo...

Observa, amigo lector, que Juan se reportaba a problemas que complican a la sociedad humana desde siempre. Básicamente predicaba la reforma moral.

Curioso notar semejanza entre sus principios y la Doctrina Espírita.

Precursor de Jesús, Juan también anticipó principios básicos de la Codificación, presentes en las máximas de Kardec:

Se reconoce al verdadero espírita por su transformación moral y por los esfuerzos que emplea para domar sus malas inclinaciones.

Fuera de la Caridad no hay salvación. Trabajo, solidaridad y tolerancia.

Juan Bautista y Allan Kardec están separados por 19 siglos, pero el mensaje fundamental es el mismo:

Es necesario depurar la conciencia, combatiendo males y vicios, a fin de prepararnos para el encuentro con Jesús.

10.- EL BAUTISMO DE JESÚS

El río Jordán es el más importante de Oriente Medio. Fertiliza una vasta región, en una extensión de casi 200 kilómetros, desde el nacimiento, en la Antigua Cesárea de Filipo, pasando por el lago Tiberíades; tan grande, en sus 19 kilómetros de largo por 13 de ancho, que era llamado “mar”, impropiaamente.

Desemboca más abajo, en el Mar Muerto, este de tan densa salinidad que no tiene vida en sus aguas.

El Tiberíades, al contrario, era rico de peces en aquellos tiempos. En sus márgenes estaba Cafarnaúm, donde Jesús centralizaría su ministerio en Galilea. Allí la principal actividad era el comercio del pescado.

Aproximadamente tres décadas después del nacimiento de Jesús, Juan, el Bautista, decía, en los márgenes del río Jordán, delante de la comunidad de sus discípulos (Mateo, 3:11):

Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras de mí, más poderoso que yo; las sandalias del cual yo no soy digno de llevar. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.

En determinadas situaciones los judíos se descalzaban las sandalias – al entrar en el Templo o en las comidas, por ejemplo. Si eran ricos, tenían esclavos que de ellas se cuidaban.

Unidos por lazos familiares, ciertamente Juan y Jesús cultivaban alguna convivencia y el profeta tenía conciencia de la grandeza de su primo (desde el vientre materno, como ya vimos). Por eso, en aquel momento glorioso, que marcaba el coronamiento de su misión, Juan confirmaba, delante de sus propios discípulos, su subordinación al Mesías que iba a

anunciar.

Estaba delante de Jesús como el más ínfimo de los siervos al servicio de sus señores, indigno incluso de llevar sus sandalias.

El bautismo de Juan, sumergiéndose en el río Jordán, representaba, como ya vimos, la pública confesión de males, el marco de la renovación, un rito de paso para recibir al mensajero divino.

Jesús propondría un paso adelante – sumergirse el hombre en las profundidades de la propia conciencia para ser bautizado por el Espíritu Santo y por el fuego.

Genéricamente, la expresión Espíritu Santo designa la comunidad de Espíritus Superiores que en todos los tiempos apoyan los movimientos espiritualistas, manifestándose de forma más amplia en agrupamiento afines.

Ejemplo: la primitiva comunidad cristiana.

Los cristianos profetizaban, curaban, apartaban Espíritus impuros, realizaban prodigios, exactamente como Jesús, bajo la inspiración y apoyo de los Espíritus Superiores.

Día vendrá en que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán: vuestros jóvenes tendrán visiones y soñarán vuestros viejos.

Esta afirmación del profeta Joel es citada por Simón Pedro, en el capítulo II, del libro Hechos de los Apóstoles, que narra las actividades de la Iglesia Cristiana, en sus comienzos.

El apóstol exaltaba la presencia del Espíritu Santo, que algunos círculos religiosos confunden con el Creador, sustentando los prodigios realizados por los discípulos de Jesús. Eso ocurre empezando por la fiesta de Pentecostés, en Jerusalén, cuando los apóstoles, en una eclosión extraordinaria

de facultades mediúmnicas, hablaron y profetizaron en varios idiomas.

El bautismo del Espíritu Santo puede ser situado, por tanto, de entre otros significados, como las manifestaciones de la mediumnidad, envolviendo la preparación del cristiano para el contacto más íntimo con el Más Allá, conforme hacia Jesús. Esa comunión es indispensable a la sustentación de la verdadera religiosidad, impidiendo que el creyente se pierda en exterioridades, practicas inmediatistas y fantasías teológicas.

Una de las causas fundamentales de la atrofia del pensamiento religioso, en la Edad Media, fue el hecho de haberse cerrado la puerta de contacto con el Más Allá.

Católicos, del movimiento carismático, y evangélicos, del movimiento pentecostal, reviven las manifestaciones del Espíritu Santo en sus reuniones. Pero lo hacen de forma limitada, poco objetiva, por inexperiencia, ya que, durante siglos, en la oscuridad medieval, era prohibida la evocación de los Espíritus. Sobre todo, les falta, el conocimiento necesario para un contacto con el Más Allá disciplinado y productivo, como en la Doctrina Espírita.

En cuanto al bautismo de fuego, Lucas informa (capítulo XII) la intención de Jesús: Yo vine para lanzar fuego a la Tierra y bien quisiera que ya estuviera ardiendo.

A lo largo de los siglos sus palabras fueron mal interpretadas.

Se imaginaba que sugerían la revolución, el ejercicio de la fuerza, para la instalación de una orden social cristiana.

Ejemplo típico lo tenemos en las cruzadas, guerras de conquista realizadas bajo la bandera del cristianismo. Se pretendió situar a Jesús, el príncipe de la paz, como el señor de la guerra.

Aún hay, en los propios círculos religiosos vinculados a las enseñanzas de Jesús, representantes que cometen ese engaño. En décadas pasadas era común, en América Latina, sacerdotes empuñar armas para promover la justicia social. No hay ningún pensamiento o iniciativa de Jesús que justifique semejante concepto. Él deja bien claro en sus enseñanzas que el bautismo de fuego se expresa en el esfuerzo arduo, difícil, ingente, dolorido, de nuestra propia renovación.

El Reino de Dios, por tanto, comienza con nuestro esfuerzo viviendo el mensaje cristiano, haciéndolo reflejarse en nuestro comportamiento, para que el Bien se extienda sobre el Mundo. Es esa lucha que Jesús espera, cuando se dice dispuesto a incendiar la Tierra.

Cuando ese fuego sagrado abraza a la Humanidad estaremos en el Reino de Dios.

¿Cuánto tiempo llevará? A Dios le pertenece. No obstante, vivenciando el mensaje cristiano, habremos de instalarlo en nuestro propio corazón.

Un día Juan bautizaba a los márgenes del río Jordán, cuando vio delante de sí, preparándose para recibir el bautismo, al propio Mesías (Mateo 3:13-17).

Se admiró:

Yo necesito ser bautizado de ti, ¿y tú vienes a mí? Pero respondiendo Jesús le dijo:

Deja ahora; porque así nos conviene cumplir toda justicia.

Evidente que, si el bautismo de Juan era el símbolo del arrepentimiento, Jesús no necesitaba eso. ¿Por qué se sometió?

Muchas razones han sido realizadas:

Ejemplo de humildad, aprobación del bautismo de Juan y

revocación del bautismo judaico, purificación de las aguas del Jordán...

Nada de eso.

Aquel acto público marcaba solemnemente el cumplimiento de la misión confiada a Juan. Allí estaba Elías reencarnado, identificando y presentado al Mesías, conforme dijo Malaquías.

Así, atendiendo a la recomendación, Juan lo bautizó.

Sorprendidos, los participantes de aquel episodio histórico fueron surgiendo, según la narrativa de Lucas (3:21-22), el Espíritu Santo en forma de una paloma que descendió sobre Jesús. Y una voz resonaba en el Cielo, una epifanía (manifestación divina).

Este es mi hijo amado, en quien me deleito.

Fueron notables fenómenos mediúmnicos, envolviendo materialización y voz directa, por iniciativa de los prepuestos espirituales de Jesús, miembros de la comunidad del Espíritu Santo. Así como hubo empeño de la Espiritualidad en situar a Juan, desde el nacimiento, como el profeta Elías que volvía para preparar los caminos del Señor, en cumplimiento a las profecías, también el nacimiento y toda la vida pública de Jesús fueron marcados por acontecimientos extraordinarios, que miraban exaltar delante del pueblo su condición de enviado divino. Mucho más que por el mensaje de que era portador, Jesús sería aceptado por la multitud a partir de los prodigios que realizaba.

Algo semejante a lo que ocurre hoy con el Espiritismo, que atrae multitudes, no tanto por la belleza y sublimidad de sus principios, sino mucho más por los fenómenos mediúmnicos y curas que realizaba.

El mensaje cristiano se firmó para siempre, no por los

prodigios, sino por el hecho de que Jesús la vivió intensamente, transformando la propia vida en una carta viva de Dios.

Se inicia en el pesebre y termina en la cruz, simbolizando la humildad y el sacrificio, gloriosos marcos de la redención humana.

Quizás, amigo lector, estés buscando el bautismo del Espíritu Santo, ejercitando tu mediumnidad, en gloriosos contactos con el mundo invisible, con los mentores espirituales. Pero la Doctrina Espírita, que estimula y disciplina el intercambio con el Más Allá, advierte que es preciso un cuidado inicial, fundamental, a fin de que sea productivo:

¡El bautismo de fuego!

La lucha ingente por superar al hombre viejo y hacer nacer en nosotros aquel hombre nuevo a que se refería el apóstol Pablo, el hombre cristiano, que vive en plenitud las enseñanzas de Jesús.

Entonces ocurrirá algo sublime, sorprendente, inolvidable:

¡Alguien reflejará en la Tierra las luces del Cielo!

11.- LA TENTACIÓN EN EL DESIERTO

Era tradicional, en la cultura judaica, los hombres santos buscar lugares yermos para largas meditaciones. Esos periodos de soledad, marcados por el contacto más íntimo con la Naturaleza y por una frugal alimentación, casi un ayuno permanente, proporcionando fuerzas espirituales que hacían de ellos auténticos taumaturgos, dotados de gran fuerza moral y notables poderes psíquicos. Algo semejante a lo que hacen, desde la más remota antigüedad, los faquires hindús, que mortificaban el cuerpo para robustecer al Espíritu.

Observando la tradición, después de su encuentro con Juan, el Bautista, a los márgenes del río Jordán, Jesús se adentró en el desierto. Allí habría permanecido cuarenta días según el evangelista Lucas (capítulo IV).

Debilitado y hambriento, fue visitado por el demonio que le dijo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se haga pan. Y Jesús respondiéndole, dijo:

Escrito está: “Que no con pan sólo vivirá el hombre”

El diablo lo llevó a Jerusalén y colocándolo en el pináculo, el punto más alto del Templo, le dijo:

Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo; porque escrito está: Que a sus ángeles mandará de ti, que te guarden; y en las manos te llevarán, para que no dañes tu pie en piedra.

Y respondiendo Jesús, le dijo:

También está escrito: “No tentarás al Señor tu Dios.”

El diablo lo llevó, aun, a un monte muy alto, donde le mostró todos los reinos del mundo con su gloria y le dijo:

Te daré todo esto sí, postrándote, me adoras. Le ordenó Jesús: Apártate, Satanás, pues está escrito: “Al Señor tu Dios adorarás y solo a Él servirás”.

La narrativa termina con la información de que el demonio se retiró y vinieron los ángeles para servir a Jesús. Tenemos aquí un curioso pasaje evangélico. Un interesante dialogo entre Jesús y el diablo.

Las respuestas del Maestro son inteligentes citas del Viejo Testamento, contraponiéndose a las propuestas del demonio. No obstante, huele a fantasía.

Ciertamente no aconteció como está escrito. Tal vez ni haya ocurrido. Es fácil llegar a esta conclusión. Empecemos por la figura del demonio.

Como personificación del mal, que se contrapone a los programas de Dios, es una invención de los teólogos medievales. Según ellos, los demonios serían ángeles que pecaron antes de la creación de Adán. Por castigo fueron marginalizados.

Indignados, instalados en el Infierno, región de tormentos inextinguibles (los antiguos lo situaban en el centro de la Tierra) se empeñan en torturar a las almas de los que se dejan seducir por sus sugerencias malignas.

Aunque las afirmaciones frecuentes de figuras representativas de la ortodoxia religiosa, confirmando su existencia, muchos fieles, principalmente aquellos que cultivan el saludable hábito de usar la inteligencia, no creen en el diablo. Para los teólogos eso sería una trama del propio diablo. Convenciendo a los hombres de su inexistencia, sería más fácil influenciarlos en sus maquinaciones siniestras. Con todo, ellos mismos son responsables de la falta de creencia, ya que alimentan fantasías que podrían atender a las necesidades del pasado, pero no

satisfacen a la racionalidad del presente.

En la Edad Media se llegó a la elaboración de catálogos de clasificación de los demonios, con diseños grotescos en que ellos se presentan con cuernos, rabo y patas de cabra. Para la mentalidad actual tales ideas son ridículas, infantiles y solamente los creyentes más ingenuos aun las admiten.

Revela la Doctrina Espírita que existen Espíritus profundamente comprometidos con el vicio y el crimen, enfermos morales que, por un extraño desvío, inspirado en la rebeldía sistemática, se complacen en perseguir y perjudicar a los hombres. Lejos están, sin embargo, de representar un poder constituido, inmutable, capaz de amenazar al orden universal. Como todos los hijos de Dios, ellos también están bajo la tutela de las leyes divinas, cuyas sanciones promoverán, inexorablemente, el despertar de sus conciencias, imponiéndoles la propia renovación. Por extensión, cualquier persona que se comprometa con el mal, perjudicando al prójimo con la mentira, la prepotencia, la agresividad o la inducción a los vicios y a las pasiones estará obrando diabólicamente. Pero el destino de todos nosotros, Espíritus encarnados y desencarnados, buenos y malos, viciados y virtuosos, es la angelitud.

Lejos y penoso camino espera a aquellos que intentan negar su condición de hijos de Dios. Enfrentarán milenarias luchas y acerbos sufrimientos, en expiaciones redentoras. Más tarde o más temprano tendrán que caminarlo, porque esta es la voluntad del Creador, que jamás falla en sus objetivos.

Cuando analizamos esta cuestión, entendemos bien porque Jesús, en la cruz, pidió a Dios que perdonase sus verdugos, argumentando que ellos no sabían lo que estaban haciendo. Si aquel que se compromete con el mal tuviese noción de los sufrimientos que le esperan, cambiaría de inmediato su

orientación de vida.

El padre, decía Jesús, no quiere perder ninguno de sus hijos.

¡Dios no quiere! – eso lo dice todo.

Por más lejos nos lleven nuestros desatinos, aun así, estaremos en los dominios de Dios, regidos por leyes soberanas, que corrigen nuestros impulsos y reajustan nuestras emociones, mostrándonos lo que es bueno y lo que no es bueno para nosotros. No hay, pues diablos. Solo Espíritus desviados. La ley Divina cuidará de ellos, imponiéndoles penosas disciplinas que los reconducirán al Bien.

Tan fantasiosa como la existencia del diablo dedicado al mal eterno, es la idea de que él haya tentado a Jesús. Inteligente como lo describen, sabría que nadie puede ser inducido al mal, sino por el mal que guarda en su propio corazón.

Si la oportunidad hace al ladrón, como proclama el viejo dictado, debemos considerar que solamente el ladrón la ve, inspirado en sus tendencias.

Si, en un restaurante, dejamos sobre la mesa dinero, muchas personas pasarán por allí indiferentes. Pero aquel que acostumbra a apropiarse de los bienes ajenos, rápidamente pensará en una forma de acercarse a escondidas y llevarse las notas.

Otro ejemplo:

Una bella joven sale de la facultad alrededor de las 23 horas. Se coloca en la parada del autobús. Para muchos conductores que pasan por allí es solamente alguien que espera el autobús. Pero, para un ligón habituado a las aventuras del sexo, ella es la oportunidad de un “programa”. Estacionará el vehículo y la molestará con un malintencionado ofrecimiento de llevarla.

Somos tentados por nuestras propias inferioridades. Partiendo de este principio, jamás alguien podrá tentar a Jesús con perspectivas de poder, gloria y riqueza. Espíritu puro y perfecto, se situaba encima de los intereses y de las pasiones que entusiasma a la Humanidad.

Podemos, pues, considerar este pasaje evangélico como engañosa interpolación. Como mucho, se trata de una alegoría presentada por Jesús, tomada a cuenta como de experiencia personal.

Queda una lección:

Si pretendemos una condición de discípulos de Jesús es indispensable que cultivemos pureza y virtud. Sin este empeño, nuestra comunión con el Maestro será tan quimérica como el episodio de la tentación.

12.- LOS PRIMEROS DISCÍPULOS

No se sabe exactamente el lugar donde Juan bautizaba. Se supone que era cerca de Betabara, también llamada Betania, más allá del Jordán, lugar que quedaba en el margen este del río. Fue allí que el Maestro hizo los primeros contactos para la composición del colegio apostólico.

En el día inmediato al histórico bautismo según el Evangelio de Juan (capítulo I), que no hace referencia cuando estuvo en el desierto, Juan Bautista conversaba con dos discípulos – los jóvenes Andrés y Juan (este el propio evangelista) – cuando vieron a Jesús en las inmediaciones. El precursor comentó:

He aquí el Cordero de Dios, que quitará el pecado del Mundo.

Esa expresión, que aparece muchas veces en los Evangelios, era una definición de la grandiosa misión de Jesús. Así como los corderos eran sacrificados en el Templo, observados los propósitos de purificación y bienestar de la comunidad judaica, Jesús también se sacrificaría en favor de la Humanidad. Ofrecería a los hombres recursos de depuración que iban mucho más allá del mero formalismo de las ceremonias externas, para realizarse en una moral santificada que se fijaría por el ejemplo de la dedicación a favor del bien común.

Estimulados por Juan Bautista, Andrés y Juan se acercaron a Jesús. Antes que le dirigiesen la palabra Jesús preguntó: ¿Qué buscáis?

Los dos jóvenes vivían en aquel momento el acontecimiento más notable, más importante de sus vidas, el encuentro con el destino. Aunque sencillos hombres de pueblo, casi todos humildes pescadores, los futuros apóstoles era Espíritus evolucionados que reencarnaron con la misión de sedimentar

el mensaje cristiano en la Tierra, obedeciendo el cuidadoso planeamiento en la vida espiritual.

La revelación de Jesús era grandiosa para la Humanidad primitiva, hace dos mil años. Sí, con todos los progresos alcanzados, aun hoy nos parece imposible vivenciarla en plenitud, imaginemos como sería hace veinte siglos... Por eso Jesús se hizo acompañar por centenas de Espíritus que venían de las esferas superiores para sustentar el mensaje, impidiendo que fuese asfixiada por la inferioridad humana.

Podemos imaginar la emoción de Juan y Andrés delante de aquel hombre que les era muy familiar, con quien ciertamente estuvieron en asambleas preparatorias, en el Plano Espiritual.

Uno de ellos, tímidamente, preguntó:

- Maestro, ¿dónde vives?
- Venid y lo veréis.

Y los dos lo acompañaron y se quedaron con él el resto del día.

Tan significativo fue el acontecimiento que el evangelista Juan, al componer su Evangelio, decenas de años más tarde, aun se acordaba del horario, más o menos a la hora décima, que correspondería a las 16 horas, aproximadamente.

Según la tradición, Andrés murió martirizado en Acaya región de la antigua Grecia, después de muchos años de dedicación al Evangelio. Fue crucificado. Una cruz diferente, en forma de x hoy conocida como la cruz de San Andrés.

Juan, el más joven de los miembros del colegio apostólico, era prácticamente un adolescente. Fue el único discípulo que acompañó el drama del Calvario y estuvo presente en la crucifixión, recibiendo de Jesús la misión de cuidar de María.

Tuvo una actuación destacada. A él son atribuidos el Cuarto Evangelio, el Apocalipsis y tres Epístolas.

Consta que, después del largo destierro en la isla de Patmos, pasó sus últimos años en Éfeso, ciudad griega. Aparentemente, fue el único discípulo en morir, “de muerte muerta”, esto es, por causas naturales.

Su muerte agitó la convicción de muchos cristianos, dado que él mismo escribió (21:23) supuesta afirmación de Jesús, según el cual viviría hasta su retorno a la Tierra, sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria, conforme está en el Evangelio de Mateo (24:30).

Juan bien que intentó esperar a Jesús - consta que falleció en avanzada edad – pero acabó derrotado por la Naturaleza.

A lo largo de los muchos siglos “profetas” han marcado fecha para la venida de Jesús. El tiempo pasa y ellos “fracasan”, cuando nada ocurre.

Cuando la Humanidad se cristianice, sentiremos que el Maestro nunca se ausentó espiritualmente. Nosotros estamos apartados de él. Por eso es perder el tiempo pensando en su regreso.

¡Imperioso ir hasta él!

El evangelista no comenta el tenor de la conversación con Jesús, pero fue suficiente para dejar los jóvenes impresionados, tanto que más tarde Andrés, emocionado, buscó a su hermano:

¡Simón, encontramos al Mesías!

Como ocurría con mucha gente, el hermano de Andrés también guardaba una gran expectativa, ante el anuncio de la inminente venida del Mesías.

Residentes en Cafarnaúm, en Galilea, donde ejercían la profesión de pescadores, probablemente los tres estaban en Betabara atendiendo a la orientación de Juan Bautista.

Por eso, al escuchar la información, Simón rápidamente se dejó contagiar por la euforia del hermano. Y fueron al encuentro de Jesús. Así como ocurrió con Juan y Andrés, Simón se emocionó al reencontrar al gobernador del planeta que, desde la Espiritualidad, lo convocó para la grandiosa misión.

Se sorprendió al oírlo decir, antes que fuesen presentados:

- Tu eres Simón, hijo de Jonás; serás llamado Cefas.

Cefas significa piedra, en arameo. De ahí se consagró el nombre de Pedro, que marcaría al apóstol para siempre. Más tarde se comprendería que aquel apellido tenía una razón de ser, ya que, después de la muerte de Jesús Simón Pedro sería la principal figura del Cristianismo naciente. Su dedicación y fe indómitas serían las bases que darían pétrea firmeza al movimiento inicial. Fue en torno a él que se organizó la comunidad cristiana en Jerusalén, después del drama del Calvario.

Según la tradición, Pedro se encontraba en Roma cuando fueron iniciadas las violentas persecuciones al Cristianismo naciente, a mando de Nerón, el insano emperador romano.

El apóstol se dispuso a dejar la ciudad, considerando que aún había mucho trabajo que hacer.

En el camino, sorprendido, encontró a Jesús que caminaba en dirección a Roma.

- ¿Dónde vas, Señor? – preguntó emocionado.

- Voy a Roma para ser crucificado nuevamente, con mis

discípulos. Pedro comprendió que el Maestro lo convocaba al testimonio.

- ¡No, Maestro! ¡Iré en tu lugar! Y el apóstol retornó a Roma. Preso, fue conducido a la cruz.

Consta que se proclamó indigno de morir como Jesús. Pidió para ser crucificado de cabeza para abajo. Y murió así, culminando una vida gloriosa de dedicación a la causa cristiana.

Aunque no tengamos noticias más amplias sobre los contactos iniciales de Jesús con los primeros discípulos, se percibe claramente que no hubo necesidad de muchas palabras. Solo una pregunta:

- ¿Qué buscáis!

Y ellos sintieron que habían esperado por él la vida entera. Así ocurre con los Espíritus maduros que traen compromisos espirituales relacionados con el mensaje cristiano. Al primer contacto con el Evangelio sienten la llamada del Cristo. Sin divagaciones, sin dudas o recelos, se remangaron las mangas y se pusieron a trabajar. No se sitúan necesariamente en la condición de sacerdotes o predicadores, de líderes o taumaturgos, integrados en determinada denominación religiosa. Muy por el contrario, los encontramos en mayor número entre los humildes, lejos de los títulos y de los cargos, que son meros rótulos.

Su distintivo es la disposición de servir. Su marca es la dedicación.

Inspirados en la abnegación y en el espíritu de sacrificio, distribuyen bendiciones de bienestar y paz allá donde estén. Aunque prefieran el anonimato, acaban por destacarse en la vida comunitaria.

Son polos magnéticos alrededor de los cuales gravitan muchas

personas, pues a su lado los dolores son menos intensos, las luchas menos arduas, los sufrimientos menos dilacerantes, los problemas menos difíciles, la existencia menos complicada.

Ante sus ejemplos de dedicación al Bien, la Tierra deja de ser un lamentable valle de lágrimas. Su acción evidencia que estamos en un bendecido campo de trabajo, donde podemos y debemos cultivar la alegría de servir. Con ellos, que reflejan en la Tierra la luz del Cristo, la vida queda siempre mejor.

¿Qué buscáis? – continua Jesús preguntando a todos los que buscan las casas de oración, de cualquier denominación religiosa.

¿Qué buscamos?

¿Cura para nuestros males?

¿Solución para nuestros problemas?

¿Consuelo para nuestras aflicciones?

Quizá encontremos un poco de todo esto, si somos perseverantes y tenemos fe.

Felices aquellos que, encima de meros intereses inmediatistas, escuchan la llamada para la Siembra del Cristo. Estos se realizan como discípulos auténticos, habilitándose al glorioso encuentro con Jesús en el interior del propio corazón.

13.- NUEVAS UNIONES

Después de los contactos con Simón Pedro, Juan y Andrés, Jesús se dispuso a regresar a Nazaret, en Galilea (Juan, capítulo I). En breve encontró dos discípulos más: Felipe y Natanael. Felipe era coterráneo de Pedro y Andrés (nacidos en Betsaida), que probablemente le hablaron al respecto de Jesús, ya que el Maestro le dijo simplemente:

- Sígueme.

Fue prontamente atendido.

Otro misionario encontró su misión.

Felipe sería un eficaz divulgador del Evangelio, situando su actividad en Asia Menor, donde desarrolló un intenso trabajo en la divulgación de los principios cristianos. Allí fue martirizado. No hay noticias más amplias sobre eso. Solo algunas referencias evangélicas sobre su participación en el colegio apostólico.

Natanael, nacido en Caná, en Galilea, sería conocido como Bartolomé Bar Talmái, (hijo de Talmái). Según la tradición, predicó el Evangelio en la India, donde habría sido desollado vivo y decapitado.

Felipe y Natanael también vivían días de expectativa, ante el anuncio de la llegada del Mesías. Por eso, después del encuentro con Jesús, Felipe le dijo, eufórico:

- Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, y los profetas: a Jesús, el hijo de José, el carpintero de Nazaret...

Natanael se extrañó:

- ¿De Nazaret puede haber algo bueno?

Imaginaba, talvez, que, considerada la grandiosidad de su misión, el mensajero divino vendría, necesariamente, de una localidad más importante, de una ciudad mayor.

Nazaret era tan insignificante... ¡una simple aldea! Pero el futuro apóstol estaba equivocado.

No solo con relación a Jesús, cuyo origen humilde, como ya comentamos, guardaba propósitos de ejemplificación. Se equivocó también con referencia a todos los grandes misionarios que vienen a la Tierra a cumplir sagradas tareas, en variados sectores de actividad.

Generalmente prefieren los lugares humildes, pequeños, de vida tranquila y simple, a distancia del revuelo y de la agitación de las grandes ciudades. Así pueden atravesar con seguridad los periodos de consolidación del proceso reencarnatorio, en la infancia, y de despertar para la Vida, en la adolescencia, sin influencias perniciosas, sin condicionamientos negativos.

El ambiente tranquilo de las localidades de pequeña concentración de población y de menores exigencias en relación a la vida material, ayuda al misionario a mantener la estabilidad íntima y la pureza. Eso favorece su comunión con la Espiritualidad Mayor, a fin de que en el momento oportuno se ajuste a la tarea que le compete desempeñar.

Cumpliendo esa estrategia, fundamental al desempeño de su misión, los apóstoles nacieron casi todos en humildes pueblecitos de Galilea, una de las regiones más pobres de Palestina.

Ante la duda de Natanael, Felipe lo convidó a observarlo por sí mismo. Llevado al encuentro de Jesús, escuchó al Maestro comentar:

He aquí un verdadero israelita, en el cual no hay engaño. Admirándose de la observación, Natanael preguntó:

¿De dónde me conoces? Jesús respondió:

Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera te vi. Tenemos aquí un fenómeno de clarividencia.

Jesús lo realizaría muchas veces. Vio a distancia, más allá de los sentidos normales, lo que su interlocutor estuvo haciendo en dado momento.

Asombrado, proclamó Natanael:

Rabí, ¡tú eres el Hijo de Dios! ¡tú eres el Rey de Israel! Jesús ciertamente encontró gracia en su reacción.

¿Porque te dije, te vi debajo de la higuera, crees?; cosas mayores que éstas verás. En verdad, en verdad os digo: De aquí en adelante veréis el cielo abierto, y ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del hombre.

Hay en esta observación tres expresiones que Jesús usó frecuentemente. Definirlas es de fundamental importancia para un perfecto entendimiento del Evangelio:

En verdad, en verdad os digo.

Los judíos lo usaban antes de una proclamación solemne, llamando la atención para la seriedad y la relevancia de lo que iban a decir. Era como si alertasen:

-Presten atención. Guárdenlo bien. ¡Es muy importante! Hijo del Hombre.

Jesús tenía plena consciencia de que más tarde o más temprano lo confundirían con Dios, situándolo como el encarnado de la divinidad. De ahí la insistencia de dejar bien claro que él no era Dios encarnado. Era solamente el hijo del hombre (sentido genérico – perteneciente al género humano), un Espíritu superior que encarnó como hijo de José y María.

Observa, amigo lector, que usé la expresión encarnó. Jesús no reencarnó.

Fue su primera y única vez que se sumergió en la carne. En este mundo. Jesús evoca el sueño de Jacob uno de los padres del pueblo judío.

Está en el Génesis, capítulo XXVIII, que cierta vez, durmiendo en el campo, el patriarca soñó con una inmensa escalera que se extendía de la Tierra al Cielo. Por ella subían y descendían ángeles, mientras que el Señor se le aparecía para hablarle de su misión.

La escalera de Jacob es la representación del proceso evolutivo, la ascensión rumbo a la angelitud, con la superación de nuestras fragilidades.

Los ángeles que descienden y suben simbolizan la protección del Cielo, siempre presente. Los Espíritus que están en los escalones más altos, que se adelantan en la jornada evolutiva, se preocupan con nuestra suerte y vienen hasta nosotros, frecuentemente, para ampararnos e inspirarnos. Cuanto más evolucionados, cuanto más armonizados con la Creación, mayor su esfuerzo en este sentido.

Al proclamar que los discípulos verían a los ángeles subiendo y descendiendo sobre el hijo del hombre, Jesús informaba que la Espiritualidad Mayor daría una amplia cobertura a sus iniciativas. Era el gran misionario, el representante de Dios, el gobernador de la Tierra que traía la llama del amor divino capaz de calentar para siempre los congelados corazones humanos.

Ese amor que hace a los ángeles descender hasta nosotros para ayudarnos. Ese mismo amor que, ejercitado en plenitud, nos elevará hasta ellos.

14.- EL ESPÍRITU Y LA CARNE

Andrés, Juan, Simón Pedro, Felipe y Natanael (Bartolomé), estos los primeros discípulos convocados por Jesús, según la cronología de Juan (capítulo I)

Está en Mateo (capítulo IV), casi idéntico a Marcos (capítulo I):

Y paseando a lo largo del mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, también llamado Pedro, y Andrés, lanzando la red al mar, pues eran pescadores. Y les dijo:

“Seguidme y os haré pescadores de hombres.”
Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.

Más adelante Jesús vio a otros dos hermanos, Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, que estaban en el barco con su padre, que remendaban sus redes; y los llamó. Y ellos, dejando luego el barco y a su padre, le siguieron.

Observa, amigo lector, que hay alguna diferencia en relación a la narrativa de Juan.

Podemos conciliar los textos considerando que hasta entonces los cuatro pescadores eran solamente discípulos. A partir de aquel momento Jesús los convoca para ser apóstoles, futuros divulgadores de su doctrina.

Marcos y Mateo no hacen referencia a Natanael y Felipe. Por otro lado, Juan no se reporta a su hermano Santiago, que participaría del círculo más íntimo de los discípulos. Fue el primer apóstol a ser sacrificado. Murió decapitado, a mando de Herodes Agripa, alrededor del año 44.

No hay referencias explícitas sobre la conversión de los demás discípulos, a no ser Mateo. Él mismo, lacónicamente, relata (capítulo IX) que Jesús:

Vio a un hombre que estaba sentado al banco de los tributos públicos, el cual se llamaba Mateo; y le dice:

- ¡Sígueme! Y se levantó, y le siguió.

Como ocurrió con los compañeros, no hubo necesidad de muchas palabras. Ciertamente ya conocía a Jesús, escuchó sus sermones, se entusiasmó con su mensaje, que despertó indefinibles reminiscencias de sus contactos preparatorios en el Más Allá.

Según la tradición. Mateo dedicó una gran parte de su vida a la predicación del Evangelio a los hermanos de raza. Sus anotaciones, bien peculiares, son consideradas un relato para judíos. Habría también esparcido el mensaje evangélico en otros países. Murió martirizado.

Se completa el colegio apostólico con escasas referencias a:

- Tomás, cuya participación más expresiva es sobre la materialización de Jesús en el colegio apostólico, después de la crucifixión. Él no estaba presente y dudó.

En una segunda manifestación el Maestro lo convidó a tocar las heridas de sus manos, diciendo después, delante del asombrado discípulo (Juan, capítulo XXI):

Creíste porque viste. Bienaventurados los que no vieron y creen.

Tomás, que encarnó en ese episodio la humana dificultad de lidiar con los fenómenos espirituales, sería después un ardoroso divulgador del mensaje de Jesús. Consta que estuvo en la India en tarea misionaria, donde murió martirizado.

- Santiago, hijo de Alfeo, llamado Menor, el más joven, para distinguirlo de su homónimo, el hijo de Zebedeo (Santiago Mayor, el más mayor).

Aparentemente era primo de Jesús, sobrino de José. Participó activamente de la iglesia cristiana, en Jerusalén, según el relato del libro Hechos de los Apóstoles. Fue martirizado en el Templo, en el año 62, por instigación del sumo sacerdote Anás II. Habría sido lanzado de una galería y muerto por lapidación.

- Simón, el Zelote. Nada se sabe sobre él, a no ser que era llamado así por tratarse de alguien celoso de la ley judaica o para distinguirlo de Simón Pedro. Zelotes eran también los miembros de un grupo que combatía el dominio romano. Mateo lo llama “canáneo”, transcripción de la palabra en arameo que significa Zelote.

- Judas, llamado Tadeo, para distinguirlo de Judas Iscariote. La tradición lo une a Simón Zelote. Ambos habrían divulgado el Evangelio en Persia, allí muriendo martirizados.

- Judas Iscariote, de Keriot, pequeña aldea de Judea. El único discípulo, por tanto, que no era galileo.

Él adquirió una infeliz notoriedad como el traidor que señaló a Jesús a la multitud que vino a detenerlo, a mando de los señores del Templo. Consta que lo habría hecho por 30 monedas de plata. Probablemente esperaba que Jesús se librase fácilmente, como ya ocurrió en otras oportunidades cuando se pretendió atentar contra su integridad física. Como eso no ocurrió, lleno de remordimientos, se suicidó.

Oportuno recordar que Palestina era dividida en cuatro provincias; Judea, Galilea, Samaria y Perea.

Durante su apostolado Jesús transitó por todas ellas, particularmente en Judea y Galilea, dando notoriedad a las ciudades bastantes familiares al lector de los Evangelios.

En Judea, las ciudades de Jerusalén, Emaús, Batanea, Belén, y

Jericó.

En Galilea quedaban Betsaida, Cafarnaúm, Caná, Genesaret, Nazaret y Naín.

En Samaria, con sus habitantes siempre en discusiones con los hermanos de otras regiones, por cuestiones religiosas y políticas, la ciudad de Sicar.

En Perea, destaca un conjunto de diez ciudades, no anunciadas, pero identificadas regionalmente como Decápolis.

El lector podrá contestar la afirmación de que los discípulos de Jesús eran Espíritus evolucionados que vinieron a apoyar al Maestro en su grandioso trabajo, con la misión de sedimentar el mensaje cristiano.

Al final, Judas se reveló calculista y mezquino. Simón Pedro negó a Jesús tres veces.

Juan y su hermano Santiago pretendieron, cierta vez, que se derramase fuego del Cielo sobre los samaritanos que no los quisieron recibir.

Tomás dudó de la materialización de Jesús.

En el episodio de la crucifixión todos se abstuvieron, asustados. El Evangelio está marcada todas sus dudas y debilidades.

Ocurre que, a pesar de su elevación, los discípulos no consiguieron, en principio, vencer sus propias limitaciones, y aquellas impuestas por el ambiente social en que crecieron y se desarrollaron. Eso ocurre con muchos misionarios, en variados sectores de la actividad humana. Aconteció con el propio Pablo de Tarso, llamado “vaso escogido”, el mayor divulgador del mensaje cristiano. Hasta que Jesús lo buscó en las puertas de Damasco, para avisarlo de sus compromisos, fue perseguidor implacable de los cristianos, responsable por

la muerte de Esteban, el primer mártir del Cristianismo.

Pablo no consiguió superar los condicionamientos impuestos por su formación rabínica y veía en Jesús una peligrosa amenaza al judaísmo.

Francisco de Asís y Agustín fueron jóvenes inconsecuentes, hasta que se convirtieron en las excelencias del Evangelio.

En el propio medio espírita nos deparamos con compañeros dotados de una privilegiada inteligencia y notables facultades, que “golpearon la cabeza” antes de despertar para sus compromisos. Peor que eso, hay trabajadores, en el seno de todas las escuelas religiosas que, después de asumir compromisos de relevancia, se encarrilaron por tortuosos caminos, comprometiéndose en lamentables desvíos.

Como enseñaba Jesús, el Espíritu puede estar siempre preparado, pero la carne es débil. El cuerpo físico dificulta las percepciones espirituales, imponiéndonos pesadas limitaciones.

El obrero en tránsito por la Tierra siente la convocación para las tareas que se comprometió a desarrollar, a manifestarse en sagrado idealismo. Pero entre el ideal y la realización, hay la fragilidad humana. Hasta que se establezca en la Tierra el Reino de Dios, en los próximos milenios, estaremos todos alrededor de nuestras propias limitaciones y con las influencias de las sombras, siempre dispuestas a explotar sutilmente nuestras tendencias inferiores. De ahí la dificultad de aquellos que vienen con tareas de relevancia y el fracaso de muchos.

Con la ayuda de Jesús, a excepción de Judas, todos los discípulos consiguieron superar sus dificultades, transformándose en dedicados divulgadores de su mensaje.

Regaron con sangre y sudor el árbol naciente del Evangelio, a

fin de que él se fijase en la Tierra como supremo marco de luces, cimiento sagrado para la edificación del Reino de Dios.

Fue considerando las limitaciones de sus prepuestos que Jesús decidió traer personalmente la revelación del Amor, ley mayor del Universo, que sitúa al Creador como un Padre de infinito amor y misericordia trabajando incesantemente por la felicidad de sus hijos.

El Maestro quería tener certeza de que ese glorioso mensaje sería transmitido en plenitud, sin dudas, sin equívocos, a partir de un principio fundamental, artículo primero de la Ley de Amor, como está en Mateo, en el capítulo VII:

Todo lo que queráis que los hombres os hagan, hacedlo así también a ellos. Y Jesús la autenticó con un sello inconfundible:

El ejemplo.

15.- LAS BODAS DE CANÁ

Algunos días después, Jesús compareció a un casamiento que se celebraba en Caná, de Galilea, conforme describe el evangelista Juan (capítulo II).

Con él estaba María, su madre, y algunos discípulos.

Las fiestas matrimoniales judaicas acostumbraban extenderse por varios días. Era difícil prever con exactitud lo que sería consumido. En aquel día faltó vino.

María, a quien no le pasaba desapercibidos los murmullos del malestar general, buscó al hijo y discretamente le reveló lo que estaba pasando. Jesús le respondió:

- ¿Qué importa eso a ti y a mí, mujer? Aún no ha llegado mi hora.

Aunque tuviera razón, dado que el problema no era de los convidados, hay quien considera la respuesta de Jesús una falta de delicadeza con su madre.

Cierta vez, escuchamos a un expositor comentar que en varios pasajes evangélicos veía a Jesús irritado, teniendo roces con las personas. Enfatizaba que semejantes reacciones solo revelaba su condición humana. Opinión respetable, pero equivocada.

La agresividad no se vincula a la condición humana. Es una mera manifestación de inmadurez.

No es necesario ir lejos. Todos conocemos, no es raro, en el propio círculo familiar, personas incapaces de una falta de delicadeza. Son Espíritus más evolucionados que vencieron los impulsos agresivos.

Siendo el Espíritu más puro que pasó por la Tierra, como está en la pregunta 625, de El libro de los Espíritus, jamás se

irritaría o sería grosero, aunque fuese vehemente en ciertas circunstancias, al denunciar la hipocresía humana. En cuanto a las palabras dirigidas a María, consideremos, en principio, que la expresión mujer sufrió un desgaste, asumiendo, no es raro, un carácter despreciativo.

Se habla de la prostituta como una mujer de vida fácil. Nadie dice señora de vida fácil. Sin embargo, en el tiempo de Jesús la expresión mujer equivalía al tratamiento respetuoso de señora para las casadas, tanto como virgen, era empleado en relación a las solteras, equivalente al respetuoso señorita.

En algunas traducciones bíblicas se emplea señora en este pasaje, evitándose la idea de la supuesta actitud de falta de respeto por parte de Jesús.

Hay, aun, la inflexión de la voz.

Conozco una esposa que llama cariñosamente de, cachorro, sin vergüenza al marido. Pero cuando lo dice de modo agradable, entre dientes, ojos chispeantes, voz alterada, es como si lo agrediese.

Ciertamente María entendió, por la inflexión de la voz, que Jesús le decía sí, aunque respondiese no, tanto que llamó a dos siervos e, indicando al hijo, les recomendó:

- Haced lo que os diga.

Jesús les pidió que llenasen de agua seis grandes cantaros de piedra. Hecho esto, les recomendó que las llevasen al organizador de la fiesta. Este, después de tomar un sorbo, buscó al novio y le dijo:

- Todo hombre sirve primero el buen vino y, cuando los convidados están saciados, les sirve el de menor calidad. Tú, pues, guardaste hasta ahora el mejor vino.

Ciertamente el novio quedó admirado, sin comprender lo que estaba pasando. Más espantados se mostraban los siervos, ya que habían vaciado agua en los cantaros. Pero, gracias a la milagrosa transustanciación realizada por Jesús, no habría ultrajes para los dueños de la casa.

El episodio, más allá de marcar el primero de los muchos prodigios que Jesús realizaría, tiene un sentido simbólico profundo y sublime. No hay alegría que se compare a la realización de un sueño. Ningún sueño es más bello que el matrimonio, institución sagrada que ratifica delante de Dios y de los hombres los eslabones sublimes del amor, uniendo dos partes que se completan:

El hombre y la mujer. El cerebro y el corazón.

La razón y el sentimiento. La fuerza y la sensibilidad.

Esa bendecida amalgama realiza uno de los más notables prodigios de la vida:

Transforma paredes frías en un hogar, sinónimo de bienestar, comodidad, seguridad, paz...

Natural, por tanto, que en los ojos de los que se unen brille, inconfundible, la llama divina:

La esperanza de que las alegrías de ese día sean apenas las primicias, las primeras cosechas de una felicidad plena, extendiéndose, imperecederas, por toda la existencia.

- Quimeras – dirá alguien...

- Utopía - añadirán otros...

Y los profetas del pesimismo proclamarán, talvez, que después de la embriaguez de los primeros tiempos restará, en la copa matrimonial, solamente el amargo sabor de la frustración y de la desarmonía.

Es verdad.

El vino embriagador de las primeras alegrías matrimoniales, sustentadas por la pasión, es escaso. En contrapartida, hay muchos matrimonios que se preguntan, amargados:

- ¿Qué está pasando con nosotros?
- ¿Dónde está el compañerismo inicial?
- ¿Qué se ha hecho de la paz domestica?
- ¿Por qué tantos espinos vinieron de las flores? Es que faltó alguien. No convidaron al Cristo.

Solamente Jesús es capaz de transubstanciar, infinitamente, el agua en vino, la rutina en interés, la incomprensión en entendimiento, los espinos en flores, las lágrimas en sonrisas, los dolores en alegrías...

En su mensaje está el espíritu renovador de nuestras más queridas emociones; el elixir divino que estrecha los lazos de la afectividad, preservando la armonía conyugal; la tónica infalible para todas las debilidades y el recurso supremo para todos los males.

Dicen los angustiados conyugues:

- Cuando nos casamos invitamos a Jesús. Celebramos la ceremonia religiosa, el sacerdote hizo sus bendiciones. Hemos orado. Pedimos su presencia conciliadora, pero hay tantas discusiones, tantos resentimientos y amarguras en nosotros que, al parecer, Jesús no acepta nuestra invitación, ni atiende a nuestras suplicas.

Hay aquí un error.

Jesús nunca nos falta cuando lo buscamos. Ocurre que Jesús solo entra en nuestro hogar por la puerta del corazón.

El secreto es este:

Jesús siempre estará con nosotros, desde que estemos con él, imitando sus ejemplos, haciendo exactamente lo que él haría en nuestro lugar.

¿Hay agresividad en la familia? Serenidad con Jesús.
¿Ofensas?

Perdón con Jesús.

¿Dudas y dificultades?

Buen ánimo con Jesús.

¿Injurias y maledicencia? Silencio con Jesús.

No importa que los familiares no correspondan a nuestras expectativas. Importante es corresponder a las expectativas de Jesús. Solamente con él es posible realizar la familia que soñamos, aunque, en principio, no tengamos la familia de nuestros sueños.

Concluyendo el destacado episodio de Cafarnaúm dice el evangelista Juan:

Este principio de las señales hizo el Señor en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él.

Las Bodas de Caná marcaron el inicio del apostolado de Jesús.

Allí, entre discípulos amigos y familiares, Jesús presentó una muestra de sus poderes, revelando el inmenso potencial de aquel Espíritu puro y perfecto, prepuesto de Dios, que vino a fecundar a la Humanidad para el Amor.

Simbólicamente Caná expresa una divina unión, de ella nos habla Manoel de Quintão en su portentoso Ad Vitam Aeternam Num doce, extraño y amoroso rito, quedaron

novios al final:

Él, bajando cariño del Infinito; Ella, subiendo desterrada de un lodazal.

Por prevenir a los esponsales, un grito de amor recorre el Universo entero... Se circunscribe el mal..

¡Se tocan los astros de un fulgor alegre, y hay por montes y valles una bendita sonrisa triunfal!

En su cueva se esconde el chacal; la vega inciensa la flor; ¡se agita en la panza la propia arcilla, y el gusano, y la flor, y la estrella que centellea, todo rezuma amor!

¡De entorno a la tierra, trovadores alados descienden, hosannas proclamando, y, a cada beso del Cielo, la Tierra fecundada proclama su Señor!

He aquí ellos en el Templo, en fin: Ella, la niña, sonriendo a su mirada...Él en el mirar llevándole la esperanza de un futuro mejor...

Y nunca más, ¡oh! ¡Nunca el tiempo ha de separarlos en la senda de la Verdad, que el casamiento expresa!

Se llama la humilde novia – Humanidad. Él se llama – Jesús.

Preguntas Frecuentes sobre Espiritismo Libro Qué es el Espiritismo

Si tienes cualquier duda, encuentras algún error en el libro o quieres comunicarnos cualquier otra cuestión puedes escribirnos a:

info@cursoespirita.com

